

El templo reparado

*Restaurando a los predicadores
y la predicación en las iglesias de Cristo*



HERCULES COLLINS (M. 1702)

EL TEMPLO REPARADO

Un ensayo para revivir las ordenanzas largamente descuidadas del ejercicio del don espiritual de profecía para la edificación de las iglesias; y de la ordenación de ministros debidamente calificados, con instrucciones apropiadas respecto al estudio y a la predicación, para aquellos inclinados al ministerio.

Contenido

La dedicación.....	3
Introducción.....	14
1. Explicación	16
2. Solo Dios hace ministros	17
3. ¿Quiénes son buenos obreros?.....	17
4. ¿Por qué estudiar?.....	19
5. Aplicación.....	20
6. Indicaciones e instrucciones adicionales.....	23
7. Una palabra adicional a las iglesias	42

Copyright © 2025 Chapel Library.

Traducido y editado por Jorge E. Castañeda.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960. Chapel Library no está necesariamente de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica.

Impreso en EE. UU. Se concede permiso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más allá de una suma nominal por el coste de duplicación, y
- 2) se incluya este aviso de copyright y todo el texto de esta página.

Chapel Library es un ministerio de fe que depende enteramente de la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos con gratitud el apoyo de aquellos que libremente desean dar.

En todo el mundo, descargue nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno, desde nuestro sitio web en Internet o comuníquese con el distribuidor internacional que se indica allí para su país.

En Norteamérica, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales centrados en Cristo, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

EL TEMPLO REPARADO

“Antes exhortaos los unos a los otros cada día.” —Hebreos 3:13

“Debiendo ser ya maestros [de otros].” —Hebreos 5:12

*“Cada uno según el don que ha recibido,
minístrelo a los otros.” —1 Pedro 4:10*

*“El que profetiza habla a los hombres para edificación,
exhortación y consolación.” —1 Corintios 14:3*

“Procurad, pues, los mejores dones.” —1 Corintios 12:31

*“Procurad los dones espirituales, pero sobre todo
que profeticéis.” —1 Corintios 14:1*

*“Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová
pusiera su espíritu sobre ellos.” —Números 11:29*

La dedicación

A las iglesias de Cristo, con todos sus pastores y maestros, y a otros que tienen un don prometedor para la edificación de la iglesia, gracia y dones os sean multiplicados por el conocimiento de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo.

Amados en el Señor,

La sustancia de lo contenido en este libro fue expuesta en una reunión diseñada para promover los dones espirituales en las iglesias de Cristo, pero desde entonces he visto conveniente hacer algunas adiciones considerables a lo que allí fue predicado. Hay tres razones principales que me indujeron a publicar estos pobres esfuerzos míos en este día triste y descuidado, en el cual se hace tan poca provisión en las iglesias de Cristo para un futuro ministerio. La primera es esta: que las iglesias, que son las escuelas de Cristo, sean estimuladas a ver qué dones espirituales Dios les ha dado, y los pongan en su debido ejercicio. La segunda, que todos los pastores y maestros consideren como su deber instruir en el conocimiento de los misterios del evangelio a aquellos miembros que sean más capaces, y (como Pablo dijo a Timoteo) encomendar esto a

hombres fieles, que sean idóneos para enseñar también a otros (2 Ti 2:2). Mi tercer propósito en hacer público este libro es que los miembros de las iglesias, especialmente aquellos a quienes Dios ha dado un buen grado de conocimiento espiritual, no se contenten siempre con ser solamente oyentes, sino que, de manera humilde, aviven esos dones y los pongan en uso para la edificación de las iglesias.

Y para un proceder regular en la realización de esa obra, he dado algunas pocas y sencillas direcciones en este libro. Y que tales consideren seriamente la reprensión del apóstol Pablo a la iglesia de los Hebreos, a quienes les dice que tenían necesidad de ser enseñados de nuevo en los primeros rudimentos de los oráculos de Dios, siendo que con el tiempo ya deberían ser maestros de otros.

Escuchad, por favor, lo que el reverendo doctor Owen¹ dice sobre este pasaje en su *Exposición de la Epístola a los Hebreos*²:

El apóstol no sólo dice que ellos habían disfrutado tal tiempo y ocasión de ser instruidos que deberían ser capaces de instruir a otros, sino que lo declara como su deber: Debiendo ser ya maestros de otros, es decir, maestros públicos en la iglesia. Porque esta palabra no se usa [dice el doctor] sino para designar a un maestro público, predicador o instructor de discípulos en el conocimiento de Dios. Y esta palabra *maestros*³ es la misma que los escritores del Nuevo Testamento usan para expresar *Rabí*, el nombre usual de los maestros públicos de la ley entre los judíos. Para un mejor entendimiento de esta Escritura, debemos considerar el estado y la condición de la iglesia en aquellos días. Cada iglesia era entonces un seminario, en donde no sólo se hacía provisión para la predicación del evangelio en sí mismo, sino también para el llamado, reunión e instrucción de otras iglesias. Así que, cuando una iglesia era primeramente plantada por el ministerio de los apóstoles, por un tiempo se mantenía bajo su cuidado e inspección inmediata, y usualmente luego era entregada al ministerio de algún evangelista, quien instruía a las iglesias más ampliamente en los misterios de la religión. Y en tal estado permanecían hasta que se hallaba entre ellos a algunos que fueran hechos supervisores e instructores de los demás; y, tras su fallecimiento, otros eran llamados y

¹ **John Owen** (1616-1683) – teólogo congregacionalista; llamado el “Príncipe de los Puritanos.”

² Las siguientes citas son una paráfrasis de Collins sobre los pensamientos de John Owen en Hebreos 5:12-14 de su *Exposición de la Epístola a los Hebreos*.

³ Griego: *didaskaloi* (maestros).

escogidos de entre ellos mismos para el mismo trabajo por la iglesia. Este curso continuó inviolable hasta que surgió la escuela pública en Alejandría, la cual se convirtió en precedente para otros lugares en una mezcla de filosofía y religión, que después de un tiempo corrompió a ambas, y finalmente a toda la iglesia. Y (dice) de entre las iglesias salían aquellos que eran usualmente utilizados en la propagación del evangelio. De ahí que, cuando la iglesia de los Hebreos [en Jerusalén] fue perseguida no mucho después de su plantación, los miembros de ella se dispersaron predicando la Palabra con gran éxito, primero a los judíos y también a los gentiles.

De donde el doctor observa estas dos cosas: 1. Que “las iglesias son las escuelas de Cristo, en las cuales Sus discípulos son entrenados hacia la perfección, cada uno según la medida designada para ellos y para su utilidad en la iglesia.” 2. Él observa que:

Es deber de los ministros del evangelio procurar el crecimiento en conocimiento de sus oyentes y miembros, hasta que también sean capaces de instruir a otros conforme a sus llamados y oportunidades. Algunos, quizás, temen que sus oyentes lleguen a saber demasiado.

Muchos deseos corruptos y afectos pueden incitarles a ello, los cuales se reducen todos al interés propio, respecto al provecho y la reputación. Y esto ha procedido tan lejos en la degeneración de la Iglesia de Roma, que ha producido la alabanza de la obediencia ciega y de la ignorancia como madre de la devoción. Y bien puede ser que no sólo ellos estén contagiados de la misma enfermedad.

Es más, aún los hombres buenos necesitan velar contra desórdenes de mente, cuando encuentran a algunos, como David, más sabios que sus propios maestros en las cosas de Dios. El mismo Josué fue diligente con Moisés para prohibir a Eldad y Medad profetizar en el campamento, no desde un buen ánimo, como aparece en la respuesta de Moisés: “¿Tienes celos por mí?”; y esto ocasionó la oración del santo varón: “Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos” (Nm 11:29).⁴

Y el doctor concluye todo con esta afirmación:

⁴ Owen, 85.

Para un ministro fiel no hay mayor corona ni causa de regocijo que ser instrumento para llevar a cualquiera de sus oyentes a la perfección, de modo que sus dones y habilidades puedan sobrepasar las suyas propias, especialmente si van acompañadas de humildad y santidad.

Por favor, ved más en lo que dice sobre el capítulo 3 de Hebreos y el versículo 13, y sobre el capítulo 10 y los versículos 24 y 25.

Es deber de los miembros exhortarse, rogarse, amonestarse y confortarse unos a otros. Las personas involucradas en la exhortación son cualquiera de vosotros, cualquiera entre vosotros, cualquiera de vuestra sociedad que esté comprometido en la misma profesión que vosotros y que participe de los mismos privilegios, cualquiera de vosotros, hebreos creyentes. Y aquí el apóstol extiende su dirección hacia la vigilancia mutua y la exhortación entre todos, aun entre los más humildes de la iglesia. Este deber de exhortación incumbe a algunos por virtud de su oficio especial, y a otros por virtud de su especial amor; y esto es lo que es mutuo entre los creyentes, fundado en su interés común. Hay varios deberes pertenecientes a este asunto de la exhortación: Informar a aquellos que son ignorantes de la verdad. Así trató Aquila y Priscila con Apolos, etc.

Y en el capítulo diez, hablando de los santos exhortándose unos a otros, dice: “Estos deberes,” afirma, “ahora están generalmente perdidos entre nosotros, y con ellos se ha ido la gloria de la religión cristiana.” Y el doctor, para mostrar cuán afectado estaba con la decadencia de estos deberes, lo menciona repetidamente: “Esta era la práctica de los cristianos de antaño, pero ahora está generalmente perdida, junto con la mayoría de los principios de obediencia práctica.” Y nuevamente añade en el mismo sentido: “Este deber no es menos considerable porque su práctica casi haya desaparecido del mundo.”

A esto añadiré lo que otro varón digno dice sobre el mismo tema:

Una iglesia de Cristo no está completamente privada de medios de edificación, aun antes de que hayan escogido y ordenado oficiales entre ellos. Sino que, en virtud de la relación eclesiástica, los hermanos tienen el privilegio de ejercitarse y dispensar la Palabra de Dios para edificación mutua —“cada uno según el don que ha recibido” (1 Pe 4:10, 11)— y de ministrar los unos a los otros; y, si son llamados por la iglesia, hablar como oráculos de Dios. Y para justificar esta práctica, tenemos muchos pasajes en la Escritura:

“Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero” (Mal 3:16). “No dejando de congregarnos... sino exhortándonos unos a otros” (Hb 10:25). “Debiendo ser ya maestros” (Hb 5:12). “Podéis profetizar todos uno por uno... para que todos aprendan... Procurad profetizar” (1 Co 14:31, 39). “Edificaos los unos a los otros” (1 Tes 5:11). “Exhortaos los unos a los otros” (Hb 3:13). “Enseñándoos y amonestándoos unos a otros” (Col 3:16). “Edificándoos sobre vuestra santísima fe” (Jud 1:20). Apolos no era un oficial, ni Aquila ni Priscila estaban ordenados,⁵ como se dice en el lenguaje actual (Hch 18:24-26). Muchos hermanos predicaban la Palabra sin temor (Fil 1:14).

De estos y muchos otros textos de la Escritura, es manifiesto que esta práctica primitiva no restringía los medios de edificación ni hacía de la enseñanza e instrucción un privilegio exclusivo del oficio, sino el privilegio de todos aquellos a quienes Dios ha habilitado y la providencia ha llamado para ejercerlo. Ni puede la objeción usual tener gran peso contra tantas Escrituras claras, a saber, que esos ejemplos fueron todos extraordinarios; porque era la doctrina y práctica en las iglesias establecidas y asentadas de Cristo, y nada contrario a ninguna institución divina; sino que la razón y utilidad de ello continúan fijas y permanentes. Aunque todos los hermanos dotados (debidamente calificados con dones ministeriales de enseñanza y expresión, llamados por la providencia de Dios, y designados por cualquier iglesia o pueblo de Dios para predicar y enseñar) pueden lícitamente y de manera válida hacerlo, sin embargo, esta libertad no anula el uso y la necesidad de oficiales establecidos y permanentes en las iglesias particulares, del mismo modo que el cuidado de los pobres por un hombre piadoso no anula el oficio de los diáconos. Porque no se dice que cualquier miembro privado deba predicar *ex dono* ⁶de manera autoimpuesta o irrumpir sin llamado, ni predicar ordinariamente, de manera fija y constante, si no ha sido escogido y ordenado por la iglesia; porque el espíritu de los profetas está sujeto a los profetas, es decir, a la iglesia (1 Co 10:15; Ap 1:16; 1 Co 5:12). Por tanto, en este asunto debemos magnificar el cuidado generoso de Dios Todopoderoso, por la provisión que ha hecho para sus iglesias, en que no las dejó a la incertidumbre de una obligación general, no sea que hubiera negligencia en

⁵ **ordenados** – en la posición de clérigo ordenado o ministro de la iglesia.

⁶ *ex dono* – Latín: desde su don.

esas administraciones, sino que instituyó y ordenó que en sus iglesias hubiese oficiales establecidos y permanentes, cuyo deber y ocupación constante fuese enseñar y exhortar, cuidar y alimentar a aquellas iglesias particulares sobre las cuales fueron puestos como supervisores, y administrar entre ellas (*ex officio*, desde su oficio) todas las ordenanzas de Cristo.⁷

Y nos unimos a este buen varón en bendecir a Dios por un ministerio establecido, y que no estamos como antes de la Ley, como dice el Dr. Owen en su libro titulado *El deber de los pastores y del pueblo, distinguido*:

A mí verdaderamente me parece evidente que no había un ministro determinado para el culto divino antes de la Ley, sino que los principales hombres entre los siervos de Dios realizaban cada uno en sus propias familias, con sus vecinos adyacentes, aquellas cosas que sabían ser requeridas por la luz de la naturaleza, la tradición o la revelación especial, instruyendo a sus hijos y siervos, como Abraham lo hizo, acerca de la bondad de Dios, el pecado por la caída de Adán, el uso de los sacrificios, y la simiente prometida, que era la suma de su religión.⁸

Ha habido una gran controversia en la iglesia acerca de si sólo los oficiales ordenados pueden predicar, o si algunos hombres que no son oficiales ordenados, pero que tienen dones y gracias de predicación, y son aptos para enseñar, pueden ejercer ordinariamente esos dones en asambleas públicas, aunque no sean oficiales ordenados. La segunda de estas opiniones afirmamos nosotros, junto con esos tres ministros dignos, el Sr. John Martin, el Sr. Samuel Petto, y el Sr. Frederick Woodall, en su respuesta a dos libros: el primero llamado *Jus Divinum Ministerii Evangelici* (El derecho divino del ministerio evangélico) de la Asamblea Provincial de Londres; el segundo, *Vindiciae Ministerii Evangelici* (Vindicación del ministerio evangélico) del Dr. John Collins de Norwich. Y aunque deseo encarecidamente que mi lector lea y considere el libro llamado *El predicador enviado*, donde toda esta controversia es tratada de manera amplia y clara, no obstante, creo conveniente al menos nombrar los varios argumentos de la Escritura que ellos presentan para probar que aquellos que son enseñados por Dios, y que a través de un don

⁷ *A Discourse of the Species, Order and Government of Christian Churches, and the Ordination of Their Ministers* (London: Nath. Hiller, 1701), 62-65.

⁸ John Owen, *The Duty of Pastors and People Distinguished*, in *Works*, vol. 13, ed. William Goold (1850-1853; repr., London: Banner of Truth, 1967), 7.

son aptos para enseñar, deben ejercer públicamente su don cuando la iglesia los llama.⁹

Primer argumento: La precedencia de la elección sobre la ordenación. El primer argumento que presentan es el de la precedencia¹⁰ de la elección respecto a la ordenación. La elección debe, por orden evangélico, preceder a la ordenación de los oficiales. Se requiere un conocimiento de las calificaciones apropiadas antes de que una iglesia pueda elegir diáconos (Hch 6:3). Cuánto más necesario es este conocimiento para la elección de alguien a un oficio superior, encargado de cuidar y alimentar sus almas. Una iglesia no puede, con fe, elegir o escoger a un hombre y encomendarle sus almas si no tiene bases para persuadirse de que está dotado y calificado como Cristo requiere que lo estén los oficiales (1 Ti 3:1-2). Y un breve tiempo no descubrirá estos dones; por tanto, una predicación ordinaria es un requisito previo a la elección. Así que, si la elección debe preceder a la ordenación, se sigue necesariamente que algunos hombres no ordenados pueden predicar. La iglesia escogió a Esteban y a los demás diáconos primero, y luego los apóstoles impusieron manos sobre ellos con oración; de modo que parece claro que la iglesia elige a las personas antes de que sean ordenadas al oficio, y no deben elegir las sin una prueba suficiente de sus habilidades, la cual no se descubre en un corto tiempo.

Su *segundo argumento* es a partir de los mandamientos del evangelio, y lo establecen sobre [los siguientes pasajes]: “Exhortándoos los unos a los otros” (Hb 10:25). “Antes exhortaos los unos a los otros cada día” (Hb 3:13). “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da; para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo” (1 Pe 4:10-11). A esto ellos llaman un mandato divino. Y no puede entenderse que se refiera simplemente a socorrer a los pobres, porque añade: “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios”; y esto debe ser hecho por todo aquel que haya recibido el don.

Su *tercer argumento* es desde las promesas evangélicas. “Pero a todo aquel que tiene, le será dado, y tendrá en abundancia” (Mt 25:29).

⁹ Estos argumentos son extraídos de John Martin, Samuel Petto y Frederick Woodall, *A vindication of The preacher sent, or A Warrant for publick preaching without ordination* (Londres: Livewell Chapman, 1658), pp. 29-110.

¹⁰ Orig. **antecedaneousness** – precedencia en el tiempo.

Aquí hay una promesa: el que tiene —es decir, el que usa, ejercita y mejora los dones que tiene—, a él le será dado; esto es, sus dones aumentarán. Su labor será seguida de una bendición divina, mientras que el talento será quitado a aquel que lo esconda. No restringimos estos dones únicamente a los dones de predicación. Es suficiente que estén incluidos. Tampoco decimos que todo cristiano deba predicar públicamente. Muchos no tienen el talento de los dones de predicación, pero quienquiera que lo tenga, es su deber mejorarlo de manera ordenada.¹¹

Su *cuarto argumento* proviene de los precedentes o ejemplos evangélicos. El primer ejemplo que presentan es el de Apolos: “Llegó a Éfeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, varón elocuente, poderoso en las Escrituras. Este había sido instruido en el camino del Señor; y siendo de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, aunque solamente conocía el bautismo de Juan. Y comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga... Porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo” (Hch 18:24-28).

No es probable que Apolos fuera un oficial ordenado, porque se dice que sólo conocía el bautismo de Juan, y el bautismo de Juan no hablaba de la ordenación de oficiales.¹²

Tampoco es probable que tuviera un llamamiento extraordinario.

Que lo pruebe quien lo afirme. El texto no habla de nada extraordinario. Un hombre puede ser elocuente y poderoso en las Escrituras sin dones extraordinarios; y el hecho de que Aquila y Priscila le instruyeran más perfectamente en el camino del Señor, refuerza que no poseía dones extraordinarios.¹³

El segundo ejemplo de la Escritura para la predicación de hombres dotados pero no ordenados es el de los santos dispersos: “En aquel día hubo gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles... Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando la palabra” (Hch 8:1, 4). “Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor” (Hch 11:21). De [estos pasajes] se observa:

¹¹ Ibid., 62-63.

¹² Ibid., 68-71.

¹³ Ibid., 71.

1) Que los santos dispersos predicaban públicamente: “Iban por todas partes anunciando la palabra” (Hch 8:4).

2) Que tenían aprobación divina en esta su predicación: “La mano del Señor estaba con ellos: y gran número creyó” (Hch 11:21).

3) Que muchos de estos santos dispersos que predicaban, en verdad, no estaban ordenados. Esto puede verse en Hechos 8:1, 4. Se dice que las personas que predicaban eran los santos dispersos; y quiénes fueron dispersados se declara en el versículo 1: “Hubo una gran persecución contra la iglesia.” Si hacemos la pregunta, ¿quiénes fueron todos los que fueron dispersados? La respuesta debe ser: la iglesia en Jerusalén, y estos “iban por todas partes predicando.” Los apóstoles, que eran los principales oficiales, no fueron dispersados; pues se dice: “Fueron todos esparcidos... excepto los apóstoles.”

Su *quinto argumento* viene de las reglas evangélicas acerca de la profecía.

Todos los que son profetas pueden predicar públicamente, como se prueba en 1 Corintios 14:29, 31: “Y los profetas hablen dos o tres... Porque podéis profetizar todos uno por uno.” Aquí se da una libertad universal a todos los profetas para ejercer sus dones públicamente en una iglesia establecida. Dice además: “Si pues toda la iglesia se reúne en un solo lugar... pero si todos profetizan...” (1 Co 14:23-24). Así que esta profecía era pública en una reunión de iglesia. Y no sólo algunos, sino todos los profetas tienen la libertad de profetizar: “Porque podéis profetizar todos uno por uno” (1 Co 14:31). No decimos que *todos* se refiera a cada miembro de la iglesia de Corinto, como si todos pudieran profetizar sin tener el don; sino que se concede sólo a quienes tienen tal don.¹⁴

Sobre el término *profetizar*: La palabra no está limitada en el sentido de dones extraordinarios. Algunos son llamados profetas en sentido general, sin necesariamente predecir cosas futuras. Si tienen el don de interpretación o exposición de las Escrituras, pueden llamarse profetas en ese sentido, como cuando la Escritura en general, y el evangelio en particular, se llama “palabra profética” (2 Pe 1:19-21), aunque gran parte de ella no consista en predicciones de eventos futuros.¹⁵

¹⁴ Ibid., 88-89.

¹⁵ Ibid., 110.

La profecía, según el apóstol, consiste en exhortación: “El que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación” (1 Co 14:3). Y la palabra *exhortación* aquí implica animar al deber, rogar, suplicar y consolar.¹⁶ Cuando el apóstol Pablo exhorta a la iglesia de Corinto a desear y procurar profetizar, no debemos entenderlo como que debían desear un “oficio” en la iglesia, sino desear un don de Dios para exponer e interpretar las Escrituras para la edificación de la iglesia.¹⁷

Sería sumamente deseable que nuestros hermanos Congregacionistas, dado que son tan sanos en su juicio sobre este punto, lograran una mejor armonía entre su principio y su práctica. Porque no creo que puedan darse tres ejemplos entre todas las iglesias de Londres, en los últimos treinta años, en los cuales hayan escogido como pastores a alguien que no tuviera instrucción humana; y ha habido demasiado desprecio hacia aquellos que, aunque carecían de ella, no eran en absoluto inferiores en dones espirituales y gracias para la edificación de la iglesia. Y me inclino a creer que, incluso en este mismo tiempo, las iglesias podrían estar siendo demasiado negligentes en llamar a aquellos de entre ellas mismas que podrían ser tan útiles como cualquiera que puedan encontrar fuera. Aquellas palabras de nuestro Salvador se hallan cumplidas por la experiencia diaria: “De cierto os digo, que ningún profeta es bien recibido en su propia tierra” (Lc 4:24).

¡Oh, que las iglesias y los ministros consideraran el fuerte llamado de necesidad que los urge a reavivar esta práctica primitiva! Supongamos que Dios quitara tan solo a unos pocos ministros de algunas iglesias en la ciudad de Londres, donde ordinariamente sólo hay un don en ejercicio en cada iglesia; ¿cuán grande sería entonces la pérdida, desde un punto de vista humano? Por tanto, es grandemente deseable, y sería una obra muy gloriosa, que todos los ancianos de las iglesias en cada ciudad de Inglaterra no solamente se preocuparan por el futuro ministerio dentro de sus propias congregaciones, sino que también dedicaran algún tiempo cada semana para instruir a jóvenes, miembros de iglesias, inclinados a los estudios divinos; y así también en el campo, donde dos o tres iglesias no estén muy distantes entre sí, que todos sus ancianos acordaran reunirse una vez al mes, o más a menudo, para escuchar los dones que Dios ha dado a sus iglesias. Y para que sus dones puedan ser descubiertos, primeramente deberían ser ejercitados en la oración,

¹⁶ Ibid., 100.

¹⁷ Ibid., 91.

y luego observar qué dones tienen para la exposición de la Palabra de Dios; todo esto con el fin de que algunos puedan ser capacitados para enseñar a otros también, cuando hayamos de dejar este tabernáculo terrenal.

Pero algunos estarán prontos a decir: Dios cuidará de sus iglesias y les dará pastores conforme a su corazón (Jeremías 3:15). Sin embargo, esto no será gracias a aquellas iglesias que son negligentes en su deber en este respecto. Razonamos con mucho mayor juicio acerca de los asuntos de nuestros cuerpos: decimos que es nuestro deber confiar en Dios para la provisión de nosotros mismos y de nuestras familias, y es cierto; pero, ordinariamente, no descuidamos los medios lícitos que conducen a tal fin. El labrador espera una buena cosecha en verano, pero siempre mediante el uso de medios: debe arar y sembrar su semilla, y no esperar un milagro, sino hacer su diligencia y dejar la bendición en manos de Dios. Así también deberíamos proceder en los asuntos de nuestras almas y de las iglesias de Cristo. Esta obra no está destinada a aquellos que no tienen necesidad de este consejo, sino a quienes sí la tienen; pero aun así, puede servir como un estímulo para animar a algunos más capacitados a ofrecer mayores y mejores direcciones en tan grande obra

Y si algo de lo aquí mencionado puede servir para el provecho de alguno, que sólo Dios tenga toda la gloria, es el sincero deseo de vuestro hermano sincero en los lazos del evangelio,

Hércules Collins.

EL TEMPLO REPARADO

Introducción

Leemos en los libros de los Reyes, en varios lugares, acerca de las escuelas de los profetas y de los hijos de los profetas, quienes eran instruidos por aquellos llamados padres o videntes, tales como Samuel, Elías y Eliseo.¹ No es probable que les enseñaran idiomas, pues no había necesidad de ello, ya que las revelaciones de Dios para ellos eran en su propia lengua nativa. Tampoco podían darles el Espíritu Santo, siendo este un privilegio exclusivo de Dios. Pero es muy probable que los profetas ancianos declararan sus profecías que recibieron de Jehová, y les abrieran y explicaran la Ley, además de ponerlos a ejercitarse en estudios santos, con una lectura frecuente de los oráculos de Dios y meditación en ellos de día y de noche, acompañados de oración al Todopoderoso. Y esto se hacía para hacerlos más aptos para la revelación profética. Estos hijos de los profetas eran muy numerosos y probablemente aumentaron gracias al ministerio y milagros de Elías y Eliseo.

A partir de la consideración de estas cosas mencionadas, y de la poca preocupación que las iglesias tienen por un ministerio futuro, he sido movido a aportar mi óbolo al tesoro del consejo divino, esperando que pueda ser de algún provecho para aquellos jóvenes cuyos corazones Dios ha inclinado al ministerio de la Palabra. Y si mi corazón no me engaña, mis fines son puramente la expansión y perfección del reino de Cristo.

La Escritura que pondré como fundamento de mi discurso es:

*“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado,
como obrero que no tiene de qué avergonzarse,
que usa bien la palabra de verdad.”*

—2 Timoteo 2:15

El *escriba* de esta epístola, como veis, fue el apóstol Pablo. Él fue el redactor, pero el Espíritu fue el *inditer*.² Pablo, quien una vez fue un gran perseguidor, ahora se ha convertido en un gran predicador (Gá 1:23). Aquel que antes procuraba la destrucción de las iglesias, se ha convertido en un trabajador para la salvación de ellas.

¹ 2 Ry.2:3, 5; 6:1; 1 Ry.20:35; 1 S.10:12.

² **inditer** —el que dirige o dicta lo que ha de escribirse.

En cuanto al *tiempo* en que esta epístola fue escrita, fue poco antes de la muerte de Pablo, quien fue decapitado bajo el emperador Nerón de Roma; y esto lo deduzco de esta epístola donde dice: “Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano” (2 Ti 4:6). Así que se considera una de sus últimas epístolas.

La *ocasión* de esta epístola es la siguiente. El apóstol, habiendo dejado a Timoteo en Éfeso para cuidar de la iglesia allí, quien, junto con los demás ancianos, lloró mucho en la partida de Pablo. Pablo, suponiendo que Timoteo había oído de sus sufrimientos en Roma, lo cual podría añadir más tristeza, quiso por medio de esta epístola afirmarlo y consolarlo tanto contra los sufrimientos y martirio inminente del apóstol, como contra todas las presiones y persecuciones de la iglesia (1 Ti 1:3; Hch 20:36-38; 2 Ti 1:4).

El *objetivo* de esta epístola es más inmediato respecto a Timoteo, a quien Pablo exhorta a la valentía y constancia en su oficio ministerial (2 Ti 1:6, 13); pero concierne también a todos los ministros en su llamado ministerial, a ser fieles y diligentes en su labor aun en los peores tiempos, y, junto con Arquipo, a cuidar de su ministerio recibido en el Señor para que lo cumplan, y a advertir a la iglesia contra hombres malos y seductores (Col 4:17).

En cuanto a la *coherencia*³ del texto, parece referirse inmediatamente al versículo anterior, donde el apóstol señala que había en esos días algunos que “contendían acerca de palabras, lo cual para nada aprovecha, sino que es para perdición de los oyentes” (2 Ti 2:14). Como si Pablo dijera a Timoteo: Para que seas de provecho a tus oyentes, y evites el error de subvertir a alguno, sino más bien establecerlos en la verdad, estudia para mostrarte un buen obrero, aprobado por Dios, etc.

Por vía de *división*: Consideramos estas palabras como una exhortación. 1) El deber al cual se exhorta es el estudio. 2) El fin y propósito de este estudio es aprobarse a Dios y a todos los hombres piadosos como un buen obrero, que divide correctamente la palabra de verdad. 3) Luego tenemos la ventaja que sigue: todos los tales serán librados de la vergüenza y obtendrán honra y santa confianza en la fe. Porque hay una figura en el texto, donde se entiende más de lo que se expresa. La Escritura habla de manera similar en varios lugares, como donde dice que no quebrará la caña cascada; es decir, fortalecerá al alma bajo todas sus tentaciones.

³ **coherencia** –conexión o dependencia con lo que precede o sigue.

Ahora levantaremos algunas observaciones expresadas e implícitas en las palabras:

Doctrina 1. Que el estudio es una ordenanza de Dios.

Doctrina 2. Que las Escrituras de verdad son el fundamento del estudio de un ministro.

Doctrina 3. Que el gran propósito y fin del estudio no debe ser obtener el aplauso de los hombres por discursos adornados y elocuentes, sino, sobre todo, agradar a Dios y ganar almas (Is 53:1; Lc 16:29).

Doctrina 4. Que aquellos que estudian de manera que se aprueban ante Dios su Maestro y dividen correctamente la palabra de verdad serán librados de toda vergüenza y obtendrán honra y santa confianza.

Doctrina 5. Que todas las personas que pretendan predicar sin estudio no podrán aprobarse ante Dios su Maestro, ni dividir correctamente la palabra de verdad, sino que más bien expondrán a sí mismos y a la causa de Dios en sus manos a la vergüenza y al desprecio.

Ahora resumiré todo en una sola doctrina:

Doctrina: Que es deber de todo ministro del evangelio estudiar de tal manera que se apruebe ante Dios, y divida la palabra de verdad de manera que no tenga de qué avergonzarse, sino que más bien obtenga la honra que corresponde a ese llamado.

En el tratamiento de esta proposición usaré este método: 1) Explicaré el punto; 2) Plantearé una proposición; 3) Mostraré quiénes son buenos obreros; 4) Daré las razones por las cuales deben estudiar así; 5) Aplicaré la doctrina.

1. Explicación

Cuando el apóstol dice: “Que traza bien la palabra de verdad” (2 Ti 2:15), debéis saber que es una expresión metafórica, una manera de hablar tomada de otra esfera. Puede ser tomada: De la forma en que el sacerdote cortaba los sacrificios, de modo que todos recibieran sus partes correspondientes;⁴ o de los padres repartiendo el plato de comida entre varios hijos; o de un carpintero, que divide su madera según una línea correcta. La palabra implica que los ministros deben dividir la Palabra de verdad de tal manera que cada uno reciba su debida porción. Está profetizado de Cristo: “Jehová el Señor me dio lengua de sabios,

⁴ Matthew Poole, *A Commentary on the Holy Bible*, sobre 2 Timoteo 2:15.

para saber hablar palabras al cansado” (Is 50:4). Cada uno debe recibir su porción: Debéis buscar la conversión del pecador, la instrucción del ignorante, la restauración del caído, la consolación del quebrantado de corazón con las dulces promesas de Dios; traer de vuelta a los extraviados al redil, sanar y fortalecer a los enfermos (Ez 34:4,16). Así debe darse a cada uno su porción, bien trazada. En resumen: Algunos deben ser alimentados con leche, otros con vianda sólida: alimento fuerte para hombres maduros, y leche para los niños (Hb 5:12).

2. Solo Dios hace ministros

El segundo encabezado general es plantear una proposición, que es esta: Que sólo Dios, por la inspiración de su Santo Espíritu, puede hacer a los hombres ministros competentes del Nuevo Testamento. Esto se prueba por las palabras de Cristo a Pablo, cuando le dijo: “Porque para esto me he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti” (Hch 26:16). Y esto mismo reconoce San Pablo cuando dice que Cristo: “Nos hizo ministros competentes del nuevo pacto” (2 Co 3:6). Y aunque se conceda que la literatura humana es muy útil para un ministro, no es esencialmente necesaria; pero tener el Espíritu de Cristo para abrir la Palabra de Cristo sí es esencialmente necesario. Porque, aunque un hombre pudiera hacer una traducción exacta de las Escrituras a partir de muchos idiomas antiguos y dar una construcción gramatical precisa de las mismas, si este hombre carece del Espíritu de Cristo, no puede conocer ni entender los misterios contenidos en la Palabra de Dios. Todo hombre racional reconocerá la verdad de esta sentencia del apóstol Pablo: “¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Co 2:11). Esto me recuerda el dicho de un ministro digno en la ordenación de una persona, hace más de veinticuatro años: “Aunque entendía latín y griego, filosofía, lógica y retórica, etc., antes de mi conversión era tan ignorante de Cristo como el pollino montés.”

3. ¿Quiénes son buenos obreros?

Un buen obrero pondrá un buen fundamento para su superestructura. San Pablo dice: “Como perito arquitecto puse el fundamento” (1 Co 3:10), el cual era solamente Cristo; y nadie puede poner otro fundamento para

la salvación de almas inmortales (1 Co 3:11). Todos los demás que edifican sobre cualquier otro fundamento que no sea Cristo son obreros insensatos, y edifican sobre la arena; y cuando se levantan las tormentas, la casa cae; y grande será la ruina de los que caen en el infierno por no haber edificado sobre Cristo como su fundamento (Mt 7:25, 27); porque sólo son verdaderamente sabios los que edifican su gozo sobre Cristo crucificado (1 Co 2:2). Cristo es esa Roca sobre la cual, quienquiera que edifique, las puertas del infierno no prevalecerán contra él (Mt 16:18); es decir, la furia, la malicia y el poder del reino del diablo.

Aquellos son buenos obreros en los misterios del evangelio que edifican una buena estructura sobre este buen fundamento, es decir: “oro, plata, piedras preciosas”, no “madera, heno y hojarasca” (1 Co 3:12). Debemos tener cuidado de no edificar sobre este fundamento: malas obras y una mala vida, diciendo que Cristo es nuestro fundamento; ni tampoco doctrina insana, ni cargar nuestras predicaciones de artificios humanos, adornos retóricos, cuestiones filosóficas o razonamientos humanos, pues todo esto es madera, heno y hojarasca, y será consumido. Debemos perseverar en predicar la pura, divina, sana y preciosa doctrina del evangelio, de un modo conforme a su sustancia, y edificar sobre ella una buena vida, que es como oro, plata y piedras preciosas que resistirán la prueba.⁵

Un buen obrero en el evangelio dispone bien su obra, o de lo contrario carece de esa belleza y provecho que de otra manera tendría. Nuestros discursos deberían colgar, por así decirlo, como un eslabón o cadena. Así es en todos los sermones de nuestro Salvador y en las epístolas de Pablo; hay una maravillosa coherencia y dependencia de una cosa sobre otra. Cuando nombramos un texto, no deberíamos despedirnos de él, como hacen demasiados, sin volver a él en todo nuestro discurso; sino que deberíamos seguir de cerca el alcance y el designio del Espíritu de Dios en ese texto, con ese orden y conexión de las partes, para que pueda verse hermoso y resultar provechoso.

Es un buen obrero en las cosas de Dios aquel que usa los medios y maneras apropiados para probar un tema o proposición. Un carpintero tiene sus herramientas propias para realizar su trabajo. No toma un mazo cuando necesita un cincel, ni una sierra cuando necesita un martillo, sino que usa aquellas herramientas apropiadas que efectivamente harán su labor. Por ejemplo, supongamos que tu proposición fuera esta: Que es deber de todo hombre amar y alabar a Dios. Ahora bien, para

⁵ Giovanni Diodati, *Pious and Learned Annotations upon the Holy Bible*, sobre 1Co. 3:12.

probar esto, argumentamos como lo hizo el rey David, 1) a partir de nuestra creación. El Señor es nuestro Hacedor, adoremos pues y postrémonos delante de Él. Porque Él nos ha hecho, deberíamos “entrar por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza” (Sal 95:7; 100:3-4). 2) Deberíamos amar y honrar a Dios de manera suprema, porque este fue el gran fin de nuestra creación. Dios “hizo todas las cosas,” dice Salomón, “para sí mismo” (Pr 16:4). Los veinticuatro ancianos reconocen que Dios es digno de recibir toda gloria, honor y poder porque creó todas las cosas (Pr 16:4; Ap 4:11). 3) Argumentamos no solo a partir del Autor de nuestro ser, y del fin de nuestro ser, sino también de lo menor a lo mayor. Así como es deber de los hijos honrar a sus padres, y de los súbditos honrar a su príncipe, ¿cuánto más es deber de una criatura honrar a su Creador? Asimismo, si los hombres se esfuerzan y gastan para prevenir la enfermedad y la muerte de sus cuerpos, ¿cuánto más deberíamos esforzarnos en buscar la salvación de nuestras almas?

Consideramos buenos obreros a aquellos que hacen bien su trabajo, y además hacen mucho. De hecho, hay algunos muy buenos obreros que hacen bien su trabajo, pero hacen muy poco. Otros, en cambio, pueden decir muchas palabras en un sermón, pero con muy poco contenido. Es más aceptado aquel que trae el mejor pan y una comida completa. Algunos pueden entregar más contenido en media hora, para provecho de sus oyentes, que otros en una hora entera. Así como algunas personas hacen su trabajo tan mal que casi enferman a quienes lo ven, así también algunos pueden predicar de tal manera que enferman a los oyentes al escucharlos. Y sin embargo, algunos están tan llenos de vanidad respecto a sus propias habilidades que no hay lugar para la instrucción. Pero de seguro esto es verdad: Él hace el mejor y el mayor trabajo quien más se esfuerza en su estudio con una dependencia de Dios para obtener su bendición.

4. ¿Por qué estudiar?

Debemos estudiar para ser buenos obreros porque nuestra labor es de la más alta naturaleza. Los hombres que trabajan entre joyas y piedras preciosas deben ser muy conocedores de su oficio. La obra de un ministro es una gran obra, una obra santa, una obra celestial. De ahí que el apóstol diga: «¿Y para estas cosas, quién es suficiente?» (2 Co 2:16). ¡Oh, cuán grande obra es esta! ¿Qué hombre, qué ángel es suficiente para predicar el evangelio como debe ser predicado? Vosotros trabajáis para el fin más

alto, la gloria de Dios y el bien de las almas inmortales. Están comprometidos en derribar el reino del diablo y en ensanchar y exaltar el reino de Cristo. Y «el que gana almas —dice Salomón— es sabio» (Pr 11:30); es decir, aquel que las atrae hacia Dios y hacia el amor de Él, dulcemente las gana y hace una conquista santa para Jehová.⁶

Debemos estudiar para ser buenos obreros porque así seremos más capaces de dar una buena cuenta a nuestro Maestro, una cuenta «con gozo, y no quejándose» (Hb 13:17), habiendo sido vigilantes fieles sobre nuestros rebaños. Pablo lo declara con valentía: que él era limpio de la sangre de todos los hombres y que no había rehusado declarar todo el consejo de Dios (Hch 20:27-28). Y es su consejo a los ancianos en Éfeso que se cuiden a sí mismos y a todo el rebaño en el cual el Espíritu Santo los ha puesto por obispos. Y obrando así, se puede esperar la aprobación de Dios y un «Bien, buen siervo y fiel... entra... en el gozo de tu señor» (Mt 25:23), es decir, en la felicidad eterna.

5. Aplicación

a. Información

Por vía de información: Si es deber de los ministros del evangelio estudiar para dividir correctamente la Palabra de Dios, entonces inferimos justa y naturalmente que es pecado de aquellos que predicán y descuidan el estudio. Puede percibirse fácilmente desde el púlpito si el hombre ha trabajado arduamente en su estudio durante la semana previa o no. Podemos decir de los sermones lo mismo que algunos dicen de las obras de los hombres: de ciertos trabajos decimos: “No hay labor, no hay esfuerzo en ello; es algo muy superficial.” Pero de otros, por el contrario, se puede decir: “Esta es una buena obra; está bien realizada. Hay labor en ello; es un trabajo sustancial.” Así como hay muy pocos obreros diligentes, temo que también hay demasiados ociosos involucrados en este glorioso empleo. El Espíritu Santo habla de algunos atalayas que están “ciegos; todos ellos ignorantes, todos ellos perros mudos, no pueden ladrar; soñolientos, echados, aman el dormir” (Is 56:10).

Esta doctrina refuta la opinión de aquellos que piensan que es ilícito estudiar para declarar la mente y voluntad de Dios, y que hablan de ello con desprecio, como si debiéramos predicar por inspiración, al igual

⁶ Diodati, sobre Proverbios 11:30.

que los profetas y apóstoles antiguos. ¿Qué puede ser una mejor refutación de esos hombres que nuestro texto, el cual manda a los ministros estudiar para mostrarse como buenos obreros y meditar en la Ley de Dios de día y de noche (2 Ti 2:15; Sal 1:2-3)? —meditar en la Ley, la Palabra revelada de Dios, la regla de vida, para así extraer el fundamento de nuestra fe y el consuelo de la conciencia de las promesas de gracia.

b. Advertencia

Esto nos ofrece un uso de advertencia. Si es deber de los ministros estudiar, entonces seamos advertidos contra la pereza en los grandes asuntos de Dios y en lo que concierne a las almas inmortales. El Señor ha reprendido frecuentemente a los pastores ociosos. Se gasta tanto tiempo precioso en el mundo y en sus placeres que, temo, queda un remanente muy pequeño de la semana para muchos, de modo que no tienen tiempo suficiente para mejorar el talento que Dios les ha dado. ¿Y qué puede esperarse entonces sino un discurso pobre, si no confuso, cuando llega el Sabbath?

c. Consolación

Esto también nos ofrece un uso de consolación. Si la vergüenza acompañará a aquellos que son perezosos y negligentes en las cosas de Dios, entonces el honor y la alabanza seguirán a aquellos que son verdaderos obreros en la viña del Señor. Aquellos que “gobiernan bien” y “trabajan en la palabra y la doctrina” son “tenidos por dignos de doble honor”, y deben ser “tenidos en mucha estima por causa de su obra” (1 Ti 5:17; 1 Tes 5:13). Que todos los obreros fieles se regocijen. Tendrán paz en sus propias conciencias, tendrán alabanza de las iglesias y de todos los santos; y lo mejor de todo, recibirán la aprobación final de Dios: “Bien, buen siervo y fiel” (Mt 25:23).

d. Ayudas adicionales

A lo que ya he dicho, añadiré algunas ayudas adicionales por vía de dirección e instrucción para aquellos que se inclinan al ministerio del evangelio.

1º. Considerad todo mi *método* al hablar⁸: 1) respecto al redactor de la epístola; 2) al tiempo en que fue escrita; 3) a la ocasión; 4) al propósito o alcance. No es que siempre haya necesidad, en todo tema, de notar

⁷ **Sabbath** – el primer día de la semana, el Día del Señor. Véase también *El día del Señor* de Sam Waldron, disponible en CHAPEL LIBRARY.

⁸ En su tratamiento de 2 Timoteo 2:15 mencionado anteriormente.

estas cosas, pero en algunos asuntos puede ser necesario tomar nota de algunas o de todas ellas.

2º. Considerad cómo vuestro *texto se conecta y depende de lo que le precede*, pero no os detengáis más tiempo en ello del necesario para hacer el camino claro hacia el texto. Algunos han gastado tanto tiempo en el contexto, que cuando llegaron al texto, la hora casi había terminado, aunque no supieran si volverían a predicar en el mismo lugar.

3º. Haced una *división*⁹ exacta de vuestro texto, si el mismo lo requiere, pues será provechoso para exponer el tema.

4º. Explicad cualquier *término* difícil, pero no gastéis tiempo innecesariamente en explicaciones si las cosas pueden entenderse fácilmente sin ellas.

5º. Extraed tantas *doctrinas* como el texto lo permita y haced el mejor uso posible de cada una de ellas, pero insistid principalmente en el alcance principal del pasaje.

6º. Habiendo expuesto vuestra doctrina, *probadla* con la Palabra de Dios mediante dos o tres Escrituras como máximo, porque en boca de dos o tres testigos se establece toda verdad.

Después de haberla probado, exponed las *razones y argumentos* del asunto, el porqué y el para qué de ello.

Ves que mi tercer punto general es mostrar *qué* es un buen obrero, pero esa respuesta (respondiendo a la pregunta “qué”) no siempre vendrá en el tratamiento de cada doctrina.

Algunas personas establecen ciertas *proposiciones* inmediatamente después de su doctrina; pero cualquiera que sea el caso, eso puede hacerse también en un uso de instrucción. Eso queda a vuestra libertad: hacerlo mediante proposiciones o mediante un uso de instrucción.

Y luego, cualquier *uso* (aplicación) que hagáis, procurad que siempre sea natural a partir de la doctrina, y extraed tantas inferencias de ella como pueda sostener, porque generalmente son cosas muy divinas¹⁰. Observad esto: no todas las doctrinas proporcionan los mismos usos. Hay: 1) uso de información; 2) uso de advertencia; 3) uso de prueba y examen; 4) uso de refutación; 5) uso de instrucción; 6) uso de repreensión; ¹¹ 7) uso

⁹ **división exacta** – esquema o bosquejo exacto.

¹⁰ **divina** – excelente; muy provechoso.

¹¹ **repreensión** – reprobación; censura.

de exhortación, junto con sus motivos y direcciones; 8) uso de admiración; 9) uso de consolación. Ahora debéis considerar cuál de todos estos, u otros usos, será el que más naturalmente se derive de vuestra doctrina.

6. Indicaciones e instrucciones adicionales

La Escritura interpreta la Escritura.

Las Escrituras son los mejores expositores de sí mismas. Ningún hombre ni iglesia pueden explicar la Palabra de Dios mejor de lo que ella misma lo hace. Por ejemplo, el salmista dice: «Ciertamente hay Dios que juzga en la tierra» (Sal 58:11). Ahora bien, si quieres saber qué es Dios, otra Escritura te dice que «Dios es Espíritu» (Jn 4:24). Un texto dice: «Temblad, y no pequéis» (Sal 4:4). Si quieres saber qué es el pecado, otra Escritura dice: «El pecado es infracción de la ley» (1Jn 3:4).

Leed las Escrituras.

Dediquen tiempo a la lectura, sobre todo, de las santas Escrituras. Este consejo dio Pablo a su hijo Timoteo: «Ocupate en la lectura» (1Ti 4:13). Es el consejo de Cristo a los judíos: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn 5:39), Aquel que ha traído salvación, «de la cual salvación inquirieron y diligentemente indagaron los profetas» (1Pe 1:10). Fue por medio de los libros que Daniel entendió el fin de los setenta años de cautividad en Babilonia (Dn 9:2). Y procuren siempre orar con Salomón por un corazón sabio y entendido (1Re 3:9), para comprender la mente y la voluntad de Dios en Su Palabra, y también supliquen por gran humildad.

El orgullo y la presunción han arruinado a muchos jóvenes predicadores. Dos cosas nos harán verdaderamente humildes: 1) un verdadero conocimiento de nosotros mismos, de nuestra propia necesidad, ignorancia e impotencia, y de nuestra vileza tanto por naturaleza como por acto; y 2) un verdadero conocimiento de Dios en Sus gloriosas perfecciones, Su sabiduría, poder, santidad y verdad. Recuerdo que Lutero dice en algún lugar que tres cosas hacen a un predicador: la meditación, la tentación y la oración. Un buen hombre me dijo que había estado de rodillas diez veces por un solo sermón. A veces tenemos sermones que se nos dan más fácilmente, y a veces con más dificultad; pero este es nuestro consuelo: que siempre tenemos a un Dios en el trono de la gracia, quien ayudará a los que humildemente se postran ante Él en tiempo de necesidad.

Usad la analogía de la fe.

Todo lo que enseñéis sea conforme a la analogía de la fe¹². Nunca interpretéis un texto de manera que contradiga a otro; abandonad todas las opiniones privadas, por atractivas que parezcan. Pedro dice: «Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada» (2Pe 1:20); es decir, ninguna Escritura particular difiere del todo, ni de ninguna parte de ella. Ningún hombre, ni ningún grupo de hombres, ni iglesia ni oficiales públicos están autorizados a interpretar las Escrituras según sus propios criterios, como para hacer de su sentido privado el sentido de la Escritura, sino que han de buscar la comprensión de ella de parte de Dios, quien muestra el significado de Su Palabra por la misma Palabra, como dijimos antes, siendo los pasajes más oscuros explicados por los más claros. Para ayudar en esto, consíganse un libro llamado *El Reconciliador de la Biblia*.¹³

Usad palabras sencillas.

Que vuestro discurso sea sencillo, como lo fue el de Pablo: «no con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder» (1Co 2:4). Usad «palabras sanas e irreprochables» (Tit 2:8). Los adornos retóricos son como vitrales pintados que hacen un gran espectáculo pero oscurecen la luz, así como algunos maestros adornan tanto las letras que pocos, salvo ellos mismos, saben qué dicen. Tener más retórica que lógica en un discurso es censurable. ¿De qué sirve tener un plato adornado en los bordes si no hay comida en él? Aseguraos de hablar siempre de manera que el pueblo os entienda. Jamás hablemos palabras que nosotros mismos no entendemos, ni palabras que los oyentes no comprendan. Los profetas y los apóstoles generalmente hablaron en las lenguas vulgares y comunes que el pueblo sencillo entendía. No hablaron solo para la comprensión de un rey en su trono, sino también para la comprensión del más humilde súbdito.

Cuidado con la repetición innecesaria o tautologías.

Vigila contra las tautologías vanas, repitiendo lo mismo una y otra vez con otras palabras, a menos que sea en ocasiones en las que estés más que ordinariamente afectado por aquello de lo que estás tratando, movido por el Espíritu de Dios, lo cual difícilmente es una carga para los oyentes.

¹² **analogía de la fe** – usar las doctrinas de la fe que surgen de Escrituras relacionadas más claras para interpretar un pasaje más difícil (Ro 12:6).

¹³ Joannes Thaddaeus and T. Man., *The Reconciler of the Bible Inlarged: Wherein Above Three Thousand seeming Contradictions throughout the Old and New Testament, are fully and plainly reconciled* (London: 1662).

Porque si el ministro está afectado, generalmente el pueblo también lo está; y si el ministro está apagado, generalmente el pueblo también lo estará. Las repeticiones innecesarias generalmente surgen por falta de materia para llenar una hora. Por tanto, asegúrate de entrar bien provisto al púlpito. Es mejor que sobre a que falte.¹⁴ Si no tienes un don de expansión sobre un tema o punto particular, debes tener entonces más puntos en tu discurso. Algunas personas, si tienen menos de treinta puntos en sus sermones, consideran que es muy poco para una hora; y entonces caen en repeticiones vanas. Pero otros que tienen un don de expansión pueden predicar un buen sermón con menos de la mitad. Así que cada uno debe predicar conforme al don que Dios le ha dado.

No seas demasiado lento ni demasiado rápido al hablar.

No alarguemos demasiado¹⁵ nuestras palabras, porque no solo es ofensivo al oído, sino que también consume mucho tiempo, y dos palabras podrían ser pronunciadas en el tiempo de una—aunque concedo una tolerancia a la facultad natural de cada hombre. Pero se teme que a menudo este modo de hablar sea una afectación.

También debemos tener cuidado de no hablar demasiado rápido, pues entonces la mayoría de los oyentes no pueden seguirnos; y aquí también debemos hacer lugar para una debilidad natural. Quizá Moisés tenía una debilidad en su habla, y sin embargo fue el ministro de Dios ante uno de los mayores monarcas del mundo. Por tanto, los oyentes deberían más bien compadecer que censurar a aquellos que tienen un impedimento en su habla. “¿Quién hizo la boca del hombre?” (Éx 4:11). ¿No fue el Señor? Y se ha observado en algunos que carecían de facilidad de palabra, que esto les ha sido abundantemente suplido [por la posesión de] un juicio sólido.

Compórtate con propiedad.

Que tu conducta y tu vestido en el púlpito sean graves y sobrios. No tengamos comportamiento indecente ni vestidura impropia. Ha sido lamentado por muchos ver a ministros, que han sido puestos por Dios como ejemplos para el rebaño, con el cabello y los hombros cubiertos de polvo blanco, especialmente al entrar en el púlpito. Seguramente, si los antiguos puritanos vivieran, esto los angustiaría grandemente. Y ha sido de no poca perturbación para la mente de algunos escuchar a quienes son

¹⁴ **sobre que falte** – tener tanto material que se deja algo fuera es mejor que tener tan poco que se agoten las palabras.

¹⁵ **alargar** – hacer lento el discurso.

llamados “predicadores de moda”¹⁶. Ver a un ministro anciano entrar gravemente al púlpito con su cabeza cana y blanca es su honra y corona de gloria, porque es natural. Pero ver a hombres jóvenes o de mediana edad, en una obra tan solemne, con el cabello empolvado como si fueran canos, ¿no es esto impropio, pues no es natural sino artificial? Pero aún peor es ver a ministros ancianos entrar al púlpito con su cabello empolvado de blanco. ¿No indica esto que no están plenamente satisfechos con sus canas naturales, las cuales Dios les ha dado, viendo que parecen deleitarse en hacer algo [que] exceda a la naturaleza? Nuestra conducta, nuestro hábito y nuestro porte deben ser tales que convenzan las conciencias de los hombres de que buscamos la gloria de Dios y el bien de ellos.

Y para que esto se logre mejor, debemos hablar lo suficientemente fuerte para que toda la audiencia pueda oírnos; de lo contrario, tanto el propósito de predicar como de oír se pierde. Y evitar ser irregulares en la voz: ser a veces muy altos y luego inmediatamente muy bajos. La primera parte de la oración puede ser oída por la mayoría o por todos, pero la última parte quizás no sea escuchada ni por una sexta parte de los presentes, de modo que sería casi como no haber oído nada si no pueden captar toda la oración. ¿Cómo se cumple entonces el propósito tanto de predicar como de oír? «Alza tu voz como trompeta» (Is 58:1). Cristo alzó su voz y clamó en el gran día de la fiesta (Jn 7:37). Y «Pedro... alzó la voz» estando con los once (Hch 2:14).

Cuidado con un tono afectado al predicar. Deja que tu voz sea natural, de otro modo la sana doctrina podría ser expuesta al desprecio.

Toma suficiente tiempo para el estudio.

Debemos obtener la sustancia de nuestros sermones, si es posible, para el Día del Señor antes del sábado, o de lo contrario podríamos estar en apuros y tener discursos muy pobres y vacíos. Se ha sabido por experiencia que a veces se ha pasado un día entero en estudio y se ha logrado poco, aunque en otras ocasiones (bendito sea Dios) cuando hemos estado bajo los impulsos del Espíritu, hemos hecho más en dos horas. Se dice del Sr. Charnock¹⁷ que trabajaba casi toda la semana en su estudio y entre sus libros, por lo cual estaba tan bien preparado para el primer día.¹⁸ Dejad que el último día de la semana sea para digerir mejor vuestros discursos.

¹⁶ Orig: **beau** – excesivamente atento al vestido; un refinamiento presumido.

¹⁷ **Stephen Charnock** (1628-1680) – clérigo presbiteriano puritano inglés; nacido en Londres; conocido principalmente por su obra *La existencia y los atributos de Dios*.

¹⁸ **primer día** – de la semana, el Día del Señor.

sos, atesorarlos en vuestra memoria y consultar a vuestros mejores comentaristas para ver qué dicen sobre las pruebas de cada punto, así como sobre el texto. Y el Día del Señor, antes de predicar, ya sea antes del mediodía o en la tarde, dedica media hora a repasar tu sermón, ya sea como lo escribiste en tu estudio, o como está guardado en tu memoria, o en ambos. Al hacer esto, será provechoso tanto para el ministro como para el pueblo. Estarás listo en la exposición y serás librado de expresiones rudas e impertinentes. Esta es la felicidad que generalmente acompaña a una buena consideración de lo que se entrega.

Pide a Dios por la elocuencia.

Ruega a Dios, como San Pablo, por la elocuencia, para que puedas abrir tu «boca con denuedo, para dar a conocer el misterio del evangelio» (Ef 6:19). No entres al púlpito con una osadía ignorante, sino con una santa osadía. Así como por la falta de una santa osadía las habilidades de un hombre suelen estar ocultas, oscurecidas y demasiado restringidas, así también por una osadía ignorante otros se exceden¹⁹ y dicen muchas cosas que son muy ofensivas para una audiencia juiciosa. Y si deseas tener santa osadía, asegúrate de llevar contigo al púlpito una buena conciencia, porque una conciencia culpable hará que un hombre baje la cabeza, debilitará la santa osadía y destruirá así la vida de su predicación. Había el mismo sacrificio para el sacerdote que para toda la congregación, un becerro joven, lo cual implica que Dios esperaba de ellos mayor cautela y cuidado que de los demás (Lv 4:11-13).

Sé conciso.

Que tus oraciones gramaticales no sean demasiado largos. Aunque algunos tienen un buen don de expansión, resulta más beneficioso para los oyentes escuchar oraciones breves en lugar de extensas. Da la impresión de que en tiempos pasados toda una oración se componía de una sola frase. Para retener el sentido de un discurso de media hora hasta llegar a su conclusión, se necesita un entendimiento perspicaz y una mente sólida. Las frases cortas son mejores tanto para la memoria del ministro como para la del pueblo y para su comprensión.

Usa sabiamente los testimonios humanos.

Los testimonios humanos no deben ser traídos para probar las cosas divinas, a menos que sirvan para convencer mejor la conciencia del

¹⁹ **exceden**— excesivamente libre al hablar, de manera no provechosa.

oyente.²⁰ Con este propósito, Pablo cita el testimonio de Arato²¹ para probar un ser divino: «Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos» (Hch 17:28). También cita el dicho de Menandro²²: «Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres» (1Co 15:33). Y Epiménides,²³ aún un profeta de ellos, dijo: «Los cretenses, siempre mentirosos, malas bestias, glotones ociosos» (Tit 1:12).

No dediques demasiado tiempo a revisar sermones anteriores.

Nunca te detengas demasiado en la repetición [recapitulación] de un sermón anterior. Siete u ocho minutos es tanto como puede permitirse. Repite lo suficiente como para refrescar y ayudar la memoria de tus oyentes, y de manera ordenada tráelos de regreso hasta donde los dejaste, y allí comienza de nuevo. Ocupar una gran parte de nuestro tiempo en la repetición con demasiada frecuencia indica falta de materia y, ordinariamente, no es del agrado del oyente, especialmente de aquellos que tienen buena memoria. Aquí quiero ser entendido respecto a nuestro modo ordinario y común de predicación, pues concedo que puede ocurrir algunas veces que un hombre tenga un llamado a repetir más de lo habitual, como si la materia fuera extraordinariamente importante, o si algunos desean que todo el sermón sea predicado de nuevo, como hicieron los gentiles con Pablo, para que predicara lo mismo el siguiente día de reposo (Hch 13:42).

Habla sobre una variedad de temas.

Mantened atentos a vuestros oyentes con una variedad de temas, considerando que la Palabra de Dios ofrece esta diversidad. Aunque en cierto sentido no puedo predicar demasiado a Cristo, sin embargo, si predico de tal manera que descuido la predicación del deber, dejo sin hacer una gran parte de la obra encomendada a mi cargo. Aunque es nuestro deber predicar a Cristo crucificado, el objeto de la fe justificante, sin embargo, esto no debe hacerse descuidando la predicación de otros deberes, especialmente la gran doctrina del arrepentimiento, que fue una de las primeras doctrinas que predicó Juan el Bautista (Mt 3:8), y una de las primeras que predicó Cristo (Mt 4:17), y es la primera mencionada entre los seis principios de la doctrina de Cristo en el capítulo

²⁰ William Perkins.

²¹ **Arato** (c. 315-240 a.C.) – poeta didáctico griego.

²² **Menandro** (c. 342-c. 290 a.C.) – dramaturgo griego.

²³ **Epiménides** – adivino y filósofo-poeta griego del siglo VII o VI a.C., de Cnosos o Festo.

seis a los Hebreos (He 6:1). Además, hallamos que Cristo y sus apóstoles predicaron la doctrina de la mortificación y de la obediencia a los mandamientos de Dios, y todas las virtudes divinas, como «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» ... y «paciencia, conocimiento, piedad, afecto fraternal, amor» (Gá 5:22-23; 2Pe 1:5-7). Esta fue la consolación de Pablo en sus últimos días: que estaba limpio de la sangre de todos los hombres, porque no había rehuido anunciar *todo el consejo de Dios* (Hch 20:26-27).

Recuerda que solo Dios bendice el sermón.

Si tienes mucha de la presencia de Dios al predicar, no estés demasiado confiado en que ese sermón hará el mayor bien. Y si te hallas en un estado de abatimiento al predicar, mientras prediques la Palabra de Dios, no desesperes de que produzca un buen efecto. Pues algunos han experimentado que ciertos sermones fueron bendecidos cuando pensaban que estaban perdidos, y no recibieron ningún consuelo de aquel sermón del cual más esperaban. [Dios hace esto] para que ninguna carne se gloríe en su presencia (1 Co 1:29).

Predica desde el corazón.

Prediquemos y «profeticemos conforme a la medida de la fe» y del conocimiento (Ro 12:6). Habla de manera experimental y sentida. Aquello que procede del corazón, generalmente es llevado al corazón. Entonces es cuando predicamos para edificación (1Co 14:12).

Y con ese fin, no hagas que tus sermones, en general, sean muy largos. Es mejor dejar al pueblo deseando más que dejarlo harto. Haz que tu corazón se afecte sinceramente con aquellas cosas a las que persuades a otros, para que tus oyentes vean que hablas con verdadera seriedad y que no entregas al pueblo nada que no estés dispuesto a practicar tú mismo y a fiar completamente tu salvación en ello.

Enfócate en la doctrina principal, no en la controversia.

No tomes apresuradamente las opiniones de otros sin la debida prueba, ni ventiles tus propios conceptos, sino compáralos primero con la analogía de la fe y las reglas de santidad, las santas Escrituras, que son las pruebas adecuadas de todas las opiniones y doctrinas. Interfiere lo menos posible en controversias y asuntos dudosos en público, no sea que confundas a tus oyentes y obstaculices su edificación. Concéntrate en aquellos puntos que tienden a una creencia sólida, al amor sincero a Dios y a una vida santa. Y es bueno que los ministros tengan un cuerpo

de divinidad²⁴ en sus mentes y corazones, para que puedan predicar a tiempo y fuera de tiempo. Un digno ministro, llamado de repente a predicar sin ninguna preparación previa, predicó un excelente sermón sobre el oficio sacerdotal de Cristo, y al ser agradecido por algunos después de haber terminado, por su buen discurso, habiendo tenido tan poco aviso, dio esta respuesta: “Es bueno que un ministro tenga un cuerpo de divinidad en su cabeza.”

Mantén las metáforas cortas y sencillas.

Si usas alguna metáfora o símil, que sea siempre lo más breve posible, y de tal manera presentada que la materia sea mejor explicada por medio de ella. Así el Espíritu Santo llama a Cristo una roca porque Él defiende a Su iglesia contra las puertas del infierno. También se le llama Cordero, para que entendamos mejor Su mansedumbre y utilidad. Se le llama Vid y a Sus miembros, pámpanos, para mostrar que la vida, hermosura, fortaleza, crecimiento y fructificación del creyente están en Cristo, la vid, y que sin Él nada pueden hacer.

Explica la naturaleza de Dios.

Siempre que Dios esté en un texto, ya sea por un pronombre, como él o le, etc., o por una circunlocución o perífrasis —que es usar muchas palabras para referirse a una sola cosa— como cuando se dice: «La Fortaleza de Israel no mentirá» (1S 15:29), que significa Dios; o ya sea expresamente mencionado con la palabra *Señor, Dios, Jah, Jehová*, asegúrate de dar al pueblo alguna explicación de la naturaleza, propiedades y atributos de este glorioso Ser: que es eterno, sin principio ni fin; independiente, que no depende de nadie, pero todos dependen de Él; inmenso e infinito, y que no puede ser limitado; omnisciente, que todo lo sabe; omnipotente, que todo lo puede; inmutable en Su consejo y propósitos; un ser soberano y supremo, que no rinde cuentas a nadie, pero a quien todos han de rendir cuentas. Este consejo se da especialmente porque se ha observado que pocos ministros explican la palabra *Dios, Señor o Jehová*, aunque esté en su texto. Se supone que esto se debe a que dan por hecho que casi todos saben lo que significa Dios, porque está frecuentemente en nuestras bocas, cuando en realidad nada es menos conocido que Dios mismo, y, sin embargo, nada es más necesario de conocer que la naturaleza, perfecciones y atributos de Dios, pues [conocerlos] produce fe y gran reverencia [hacia Dios].

²⁴ **cuerpo de divinidad** – sistema de teología.

Explica el significado de las palabras.

A menudo somos guiados en la predicación a mostrar el significado de una palabra. El apóstol Juan dice a los santos en el Apocalipsis que Él «nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre» (Ap 1:5). El lavado allí significa principalmente dos cosas: 1) Significa culpabilidad e inmundicia, condenación y contaminación, de lo contrario, ¿para qué la necesidad de lavar? 2) El lavar significa justificación y santificación, y justicia imputada e impartida inherente. De ahí que el apóstol Pablo diga a los corintios: «Mas ya habéis sido lavados»; y después les explica qué significa: «ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados» (1Co 6:11).

Asimismo, se nos exhorta a «buscad a Jehová mientras puede ser hallado» (Is 55:6). Estas palabras significan: 1) Que el hombre ha perdido a su Dios. 2) Que, aunque ha perdido a su Dios, sin embargo, Él puede ser hallado. 3) Que nadie puede ayudar al hombre a encontrar el favor de Dios sino el Señor mismo. 4) Que Dios es hallado ordinariamente por quienes lo buscan de la manera que Él ha establecido. Y así, a menudo, somos llevados a la edificación del pueblo mostrando qué significan tales y tales palabras.

Prepara cuidadosamente el sermón.

Vosotros que tenéis tiempo, escribid vuestros sermones en vuestro estudio, y no penséis que es suficiente escribir solo los encabezados, sino haced alguna ampliación sobre cada encabezado, con la Escritura añadida que lo pruebe, y aun así, tened vuestra dependencia en Dios para mayor ampliación en público. Podemos decir en este caso, como acostumbramos hablar sobre la salvación, que debemos vivir tan santamente como si fuéramos a ser salvos por nuestra manera de vivir, y aun cuando hayamos hecho todo, confiar en Cristo y Su justicia; así también debemos trabajar en el estudio como si no fuéramos a tener ninguna asistencia inmediata en el púlpito, y aun después de haber hecho todo, realizar nuestra obra dependiendo de Dios para mayor asistencia. Y se desea grandemente que nuestros ministros hagan como los divinos escoceses, holandeses y franceses, quienes casi nunca llevan una nota consigo al púlpito. Las habilidades de nuestros ministros [no son] en modo alguno inferiores a las de los antes mencionados, y se manifestarían rápidamente si se pusieran en práctica y se usaran frecuentemente, como lo hacen los otros. El Sr. Perkins dice que era costumbre en su tiempo que los ministros usaran sus memorias. Ciertamente, en alguna ocasión extraordinaria, puede permitirse mejor el uso de notas que en el ministerio ordinario de un hombre.

Explica las características humanas atribuidas a Dios

Cuando el Espíritu Santo desciende para ayudar las capacidades de los hombres atribuyendo partes corporales y afectos humanos a Dios, que son propios únicamente de los hombres, debéis abrir y mostrar la mente de Dios en ello, para apartar a las personas de pensamientos bajos y vulgares de Dios, Quien es un Espíritu infinito. Cuando se dice que Dios tiene rostro, significa la manifestación de Sí mismo a ángeles y hombres en manera de favor o de ira. Atribuirle ojos significa Su perfecto conocimiento de las personas y las cosas. Su mano y Su brazo significan omnipotencia; las entrañas, Su misericordia y afecto ardiente. Cuando se atribuyen pies a Dios, significa Su omnipresencia, junto con Su fuerza para aplastar a Sus enemigos. Y cuando la iglesia es llamada el lugar de Sus pies, es porque allí exhibe Su gracia y Su gloria como si caminara en ella.²⁵ Así también, cuando se atribuyen a Dios tristeza, aflicción de espíritu y arrepentimiento (Is 63:10), significa Su desagrado. Solamente del hombre puede propiamente decirse que se arrepiente, quien no puede conocer el resultado de las cosas; pero esto no puede aplicarse a Aquel que declara «el fin desde el principio» (Is 46:10). Se dice que Dios se arrepiente cuando hace tales cosas como los hombres hacen cuando se arrepienten. Cuando los hombres se arrepienten, 1) cesan de hacer lo que comenzaron a hacer; y 2) están dispuestos a borrar y destruir lo que han hecho. Dios es dicho que se arrepiente, no porque Su mente cambie. Cuando se dice que se arrepintió de haber puesto a Saúl por rey (1S 15:35), es porque quiso quitarlo del trono. Se dice que se arrepintió de haber hecho el mundo (Gn 6:6), porque Su propósito era destruir y desfigurar la belleza y excelencia presente de él.

El orden de las palabras

El orden de las palabras en la santa Escritura debe ser siempre gobernado de acuerdo con la analogía de la fe, el propósito del pasaje y el sentido de las palabras. No debemos apegarnos siempre al orden de las palabras, porque aunque el apóstol Pablo puso la palabra *santificación* antes que *justificación*, en el orden de la naturaleza la justificación es antes que la santificación. No conceder esto ha hecho que algunos caigan en el error de pensar que somos justificados porque somos santificados, como si nuestra santificación obtuviera nuestra justificación. Sin embargo, siempre debemos conservar ese orden de palabras y nunca

²⁵ Jn 4:24; Sal 27:8; Sal 11:4; 2Cr 16:9; Ex 15:6; Is 53:1; Is 63:12; Is 63:15; Is 66:1; Is 60:13.

debemos apartarnos de él, donde están de acuerdo con la analogía de la fe, el propósito del pasaje y el sentido de las palabras mismas.

Las dos naturalezas de Cristo

En la santa Escritura, a veces encontrarás que aquello que propiamente pertenece a una naturaleza en Cristo es atribuido a la otra en virtud de la unión personal²⁶. De ahí que se diga que la iglesia ha sido comprada con la sangre de Dios (Hch 20:28), no porque Dios, considerado simplemente, tenga sangre, pues Él es Espíritu (Jn 4:24); sino que se atribuye a Dios a causa de la unión de la naturaleza humana y divina. Además, se dice que el Hijo del Hombre estaba «en el cielo» (Jn 3:13) mientras hablaba en la tierra. Aquí, lo que era propio de la divinidad y de la naturaleza divina se atribuye a la naturaleza humana por razón de la unión de las naturalezas. Y cosas de esta naturaleza deben ser explicadas con toda la claridad imaginable, porque el conocimiento de ello es tan necesario para la salvación del hombre.

Eventos expresados como si ya estuvieran realizados

A veces, realidades en el registro sagrado son expresadas anticipadamente como consumadas, cuando en realidad no fueron cumplidas sino mucho tiempo después, como cuando se dice: «Ha caído, ha caído Babilonia la grande» (Ap 18:2). El poner esto en tiempo presente por parte del Espíritu Santo significa la certeza de que sucederá, como si ya estuviera hecho. Debemos entender lo mismo respecto a aquel pasaje donde se dice: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado» (Is 9:6), lo cual no se cumplió sino varios cientos de años después. Así entendemos al apóstol Juan cuando dice que vio a los muertos, pequeños y grandes, de pie ante Dios, y que fueron juzgados según sus obras (Ap 20:12). El Espíritu Santo habla así para mostrar la certeza de la cosa, como dijimos antes.

Objetos inanimados tratados como personas

A menudo, en la Escritura, las cosas son propuestas como si se hablara de personas, cuando en realidad no se habla de personas, y se atribuyen propiedades humanas a cosas sin vida. De ahí que los cielos, la tierra y el mar, etc., son presentados como oyendo y hablando. Aquí se debe tener gran cuidado de abrir y mostrar la mente de Dios en tales lugares. «Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque Jehová habla» (Is 1:2; Os 2:21), dice el profeta Isaías. El Sr. Caryl, sobre este pasaje, dice que el Espíritu Santo

²⁶ **unión personal** – la unión de las naturalezas divina y humana en una sola persona, nuestro Mediador Jesucristo.

habla de esta manera para mostrar que los hombres eran malvados más allá de toda razón, y por ello Dios apela a las criaturas carentes de entendimiento contra ellos; no porque exista verdadera razón en la maldad, sino porque así solemos hablar cuando nos referimos a todo exceso. Aun más, Dios les declara que incluso las criaturas irracionales, como el buey y el asno, los superaban. Estas criaturas reconocen, consideran y se someten a sus amos y benefactores; pero eso era más de lo que hacía Israel, a quien Dios había criado y engrandecido. Así también se dice: «Te vieron las aguas, oh Dios; las aguas te vieron y temieron; los abismos también se estremecieron» (Sal 77:16), donde se habla de la división del Mar Rojo, como si dijera: «Te han experimentado y han sentido Tu poder.» De ahí que se diga: «Los ríos batan las manos; los montes todos hagan regocijo» (Sal 98:8-9). Estas cosas se atribuyen a las criaturas inanimadas para mover a los hombres a desear la venida del Señor. Así se dice: «La luna se avergonzará, y el sol se confundirá, cuando Jehová de los ejércitos reine en el monte de Sion» (Is 24:23). Esto da a entender la luz de la gracia divina en la iglesia, como si dijera: «La gloria del sol y la luna será como nada comparada con la gloria de Sion, y de Aquel que reina en Sion.» Así también: «Los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas de aplauso» (Is 55:12), lo cual significa el gozo espiritual en el reino de Cristo.

Los profetas y los apóstoles son autoritativos

Debemos siempre considerar los dichos de los profetas y de los apóstoles como igualmente auténticos que cualquier cosa que Cristo mismo habló, y que tienen la misma autoridad sobre las conciencias de los hombres que las cosas que fueron dichas a la iglesia cuando Dios habló a Moisés cara a cara, excepto donde el apóstol Pablo dice: «Mas esto digo por vía de concesión, no por mandamiento» (1Co 7:6). Y estos dichos de los santos profetas y apóstoles deben ser así estimados porque «hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2Pe 1:21). Y de aquí que Cristo dice que quien oye a Sus apóstoles y ministros, lo oye a Él, y quien los desprecia a ellos, a Él lo desprecia (Lc 10:16). ¿Y por qué esto? Porque ellos hablaron por el Espíritu de Cristo. Se dice que el mundo antiguo que fue destruido por el diluvio fue desobediente al Espíritu de Cristo que les predicó (1Pe 3:18-20). Pero esto no se ha de entender de otra manera que por su rechazo de la doctrina de Noé, quien predicó por la asistencia del Espíritu de Cristo. Por tanto, debemos considerar siempre que los dichos de los profetas y apóstoles tienen la misma autoridad como si Cristo nos hablara directamente.

Busca explicación en el texto

A veces, las cosas son dichas en la Escritura de manera más oscura al principio, pero después en la misma oración son manifiestamente explicadas, como donde se dice: «Mirad a la roca de donde fuisteis cortados, y al hueco de la cantera de donde fuisteis arrancados» (Is 51:1). Las palabras siguientes explican las anteriores: «Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz.» Así también Pablo dice: «Yo sé que en mí (esto es, en mi carne) no mora el bien» (Ro 7:18). El que no mora el bien en mí es explicado por esas palabras: «en mi carne.» Así también, cuando se dice: «Dios les dio espíritu de estupor» (Ro 11:8), después se explica por no tener ojos para ver ni oídos para oír.

Sé claro

Que todos vuestros discursos sean como el de Eliú, quien dijo que sus labios «hablarán con sinceridad lo que saben» (Job 33:3). Pablo nos dice que prefería hablar cinco palabras con entendimiento en la iglesia, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida: «Si por la lengua no diereis palabra bien comprensible, ¿cómo se entenderá lo que decís? Porque hablaréis al aire»... «¿Cómo dirá el amén a tu acción de gracias el que ocupa lugar de simple oyente, si no sabe lo que has dicho?» (1Co 14:19, 9, 16). Aunque esto es dicho por Pablo respecto a la interpretación de lenguas desconocidas, también aplica aquí, porque quien habla ininteligiblemente en su propia lengua, es como si hablara hebreo o griego a alguien que jamás ha aprendido a leer. No debemos expresar ninguna sentencia de manera oscura y confusa, como hacen demasiados, lo cual surge en parte de la debilidad de las capacidades de los hombres, y a veces de pretender hablar en un estilo elevado para ser más admirados, oscureciendo así el consejo con «palabras sin sabiduría» (Job 38:2). Así como no es señal de pobres dones y capacidades cuando una persona puede traer el conocimiento de las más profundas cosas de la divinidad al entendimiento de las capacidades más bajas, tampoco es argumento de habilidades extraordinarias el obscurecer y complicar una sentencia que es naturalmente clara y sencilla. Y viendo que el hablar claramente es un don de Dios, debemos rogar por él ante el trono de la gracia.

Interpretación de alegorías

A veces, en las santas Escrituras, se dice una cosa cuando debe entenderse otra, diferente a la interpretación literal. Esto lo llama el apóstol Pablo una alegoría: «El que es de la esclava [Agar], nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual [él dijo] es una alegoría» (Gá 4:22-24). Entonces él nos dice cuál es el significado espiritual,

pues estos son los dos pactos. Estos dos, Ismael e Isaac, representan los dos pactos: el Pacto de Obras y el Pacto de Gracia, siendo Isaac e Ismael representaciones de todas las personas convertidas y no convertidas. El libro del Cantar de los Cantares de Salomón es generalmente alegórico y debe ser entendido de otro modo que como se expresa literalmente; porque la dulce comunicación entre Cristo y Su iglesia es expuesta en términos propios entre esposo y esposa.

Expresiones enfáticas

Las palabras de la Escritura que llevan un carácter enfático deben ser expresadas con la fuerza correspondiente, con aquella manera de hablar intensa y seria que la naturaleza del asunto requiere; de lo contrario, se perderán la gloria, el provecho y el impacto afectivo de la Palabra. Cuando se dice: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito» (Jn 3:16), el énfasis recae en las palabras *de tal manera*. Y si repites esta expresión dos o tres veces con la debida intensidad y con un sentimiento acorde, podrás levantar grandemente los afectos de tus oyentes. Creo que el Sr. Charnock dice algo así: ¡Oh, esta pequeña palabra “*de tal manera*”, y sin embargo este inefable “*de tal manera*”, este admirable “*de tal manera*”, este inigualable “*de tal manera*”! Y cuando se dice: «Entonces la tierra dará su fruto; nos bendecirá Dios, el Dios nuestro» (Sal 67:6). Y, «Por amor de mí, por amor de mí lo haré» (Is 48:11). Aquí, las expresiones «el Dios nuestro» y «por amor de mí» deben ser expresadas enfáticamente y con un afecto elevado.²⁷ Asimismo, donde el Espíritu Santo marca cualquier palabra con un acento especial, debemos expresarlo así en nuestra enseñanza, o de lo contrario no se alcanza el propósito del pasaje, como donde se dice: «¿O quién le dio a él primero, para que le sea recompensado?» (Ro 11:35). El buen y anciano Sr. Row, hace cerca de treinta años, dijo sobre este pasaje: «El acento recae en esta palabra *primero*». «¿Quién le dio *primero*?» Aquí debes alzar tu voz y acentuar claramente la palabra para que el pueblo entienda mejor el sentido. ¿Quién le ha dado primero a Dios? Ningún hombre puede darle primero a Dios para obligarlo, sino que Dios da primero al hombre para obligar a la criatura a su Creador. De ahí sigue: «Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén» (Ro 11:36).

Una parte por el todo

A veces la Escritura menciona solo una parte de una persona o cosa cuando en realidad se refiere al todo, como cuando el apóstol exhorta a

²⁷ **afecto** — pasión; emoción.

los Romanos a presentar sus cuerpos en sacrificio vivo, etc. (Ro 12:1). Aunque menciona solo el cuerpo, sin embargo, se refiere a todo el hombre, compuesto de alma y cuerpo. Cuando el sabio habla de los impíos, diciendo que “sus pies corren al mal” (Pr 1:16), por esto se entiende toda la vida y la conducta.

Por el contrario, frecuentemente se menciona el todo de una persona o cosa cuando en realidad se pretende referir solo a una parte; como cuando Cristo dijo al ladrón en la cruz: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Se menciona a todo el hombre, alma y cuerpo, pero se pretendía únicamente el alma. Cuando se dice que Adán fue tomado del polvo— “Polvo eres, y al polvo volverás,” dice Dios (Génesis 3:19)—se refiere solo al cuerpo, pues Dios sopló en él su alma. Cuando se dice, “Polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis 3:19), no se habla del alma, porque esta no puede morir, sino únicamente del cuerpo que fue tomado del polvo.

El todo se pone por muchos, como en: “Todos tienen a Juan por profeta” (Mt 21:26), es decir, muchos. Ninguno se pone por muy pocos, como en: “Ninguno se arrepintió de su maldad” (Jer 8:6). Eterno se pone por largo tiempo, como cuando el sacerdocio aarónico es llamado un sacerdocio eterno, el cual había de durar solo hasta la venida del Mesías.

La causa por el efecto

El Espíritu Santo a veces pone la causa de una cosa en lugar del efecto; como: «Sabed que vuestro pecado os alcanzará» (Nm 32:23); es decir, el castigo debido por ellos. Aquí, el pecado, causa, es puesto por el efecto, el castigo. Contrariamente, a veces se pone el efecto por la causa; como cuando se dijo a Rebeca: «Dos naciones hay en tu seno» (Gn 25:23); es decir, los padres de dos naciones: Esaú, padre de los idumeos, y Jacob, padre de los israelitas. De nuevo, el sujeto a veces se pone por el adjunto²⁸ o lo que le pertenece, como donde se dice: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre» (1Co 11:25). Aquí la copa, el sujeto, se pone por el vino en ella, que significaba la sangre de Cristo, llamada «la sangre del pacto». Por el contrario, a veces el adjunto o aquello que pertenece a algo se pone por el sujeto, como cuando se dice que Jacob juró «por el temor de su padre Isaac» (Gn 31:53), es decir, por Dios, a quien Isaac adoraba y en quien temía.

Interpretación de amenazas

Cuando las amenazas de Dios son a veces pronunciadas de manera absoluta, deben sin embargo interpretarse condicionalmente, con la reserva

²⁸ **adjunto** — algo relacionado o conectado al sujeto principal.

del arrepentimiento, como en el caso de Jonás con Nínive. Él proclama su amenaza de forma absoluta, diciendo: «De aquí a cuarenta días Nínive será destruida» (Jon 3:4), sin mencionar condición alguna. Sin embargo, debe entenderse condicionalmente, porque el resultado así lo indicó; pues ante su arrepentimiento, la amenaza fue anulada. Esto es aún más fortalecido por el dicho del profeta Jeremías, quien dijo: «En un instante hablaré contra una nación y contra un reino, para arrancar, para derribar y para destruir. Pero si esa nación contra la cual hablé se convirtiere de su maldad, Yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerle» (Jer 18:7-8).

Hipérboles

El Espíritu Santo, para exaltar y manifestar la gracia de Dios de la manera más amplia, usa aquella figura que algunos llaman hipérbole.²⁹ Nadie usó más hipérboles que Pablo. Para animar a la iglesia sufriente de Corinto, les dice que sus leves tribulaciones, que son por un momento, producen «un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2Co 4:17). Aquí (dice el Sr. Leigh en sus Anotaciones al Nuevo Testamento) hay hipérbole sobre hipérbole. Uno podría pensar que habría bastado con decir «un eterno peso de gloria», pero añade: «un cada vez más excelente». ¿Qué puede ser más que la gloria eterna? Pero no se detiene allí, sino que prosigue: «un cada vez más excelente y eterno peso de gloria». Esto muestra el gran arrebató de la mente del apóstol cuando pensaba y hablaba de los objetos del mundo invisible. Así también cuando escribe a Timoteo, admirando la gracia libre de Dios al hacer de un perseguidor un predicador, le dice que la gracia de Dios «fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús» (1Ti 1:14). Fue más que abundante, como si dijera que fue sobreabundante, redundante, más que suficiente, superabundante; y esto se manifestó en fe y amor, que tal como yo, que le odiaba y perseguía en Su iglesia, haya llegado a creer en Él y amarlo. Esto bien puede llamarse amor inexplicable; pues Él vino al mundo para salvarme a mí, uno de los mayores pecadores. Ahora, cuando tales cosas se mencionan en público, deben hacerse con tal afecto como la naturaleza del tema requiere.

Profecía extraordinaria vs. profecía ordinaria

Cuando el apóstol Pablo habla de la profecía siete u ocho veces en un capítulo, y exhorta a la iglesia de Corinto a desear y anhelar profetizar, y les dice que todos pueden profetizar uno por uno (1Co 14:1, 31,

²⁹ **hipérbole** — figura de lenguaje que utiliza la exageración para hacer un punto.

39), no debemos entenderlo de la profecía extraordinaria en sentido estricto y propio, como el predecir cosas futuras, como hicieron Isaías y Jeremías, etc. Tampoco debemos entenderlo como un oficio en la iglesia, sino como un don de Dios para interpretar y exponer las santas Escrituras; pues no es probable que el apóstol exhortara a toda la iglesia a ser oficiales. Además, la palabra *profecía* no está limitada a predecir cosas. La profecía, dice el apóstol, consiste en exhortación (1 Co 14:3), lo cual significa incitar al deber, y a veces, en el Nuevo Testamento, implica también rogar, amonestar y consolar. Algunos son llamados profetas en sentido escritural por semejanza, así como la Escritura en general, y el evangelio en particular, son llamados «palabra profética» (2 Pe 1:19), aunque gran parte de ella no tenga como propósito anunciar eventos futuros. Por tanto, aquellos que tienen un don para interpretar la Escritura pueden ser llamados profetas por semejanza, aunque no tengan la capacidad de predecir cosas por venir.

Levantando doctrinas de un pasaje

Podemos extraer tantas doctrinas de un pasaje de la Escritura como este pueda verdaderamente soportar; y todas las doctrinas e inferencias que de manera natural se desprenden de cualquier texto son la teología más pura. Este fue el método de los teólogos escoceses, como puede verse en sus libros impresos. Permítanme darles un ejemplo del primer capítulo de Colosenses, versículo 12. Las palabras son estas: “Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos³⁰ para participar de la herencia de los santos en luz.” De estas palabras recojo siete u ocho observaciones.

La primera doctrina se toma del sujeto: “nos hizo aptos.” Es motivo de asombro que tales hayan sido hechos aptos para la gloria. ¿Quiénes son hechos aptos para la gloria? Yo, que fui perseguidor, y vosotros, colosenses, que una vez servisteis a otros dioses, ¡que Dios nos haya hecho aptos para el cielo es un asombro!

El segundo asunto que recojo es del estado del hombre por naturaleza. El hombre por naturaleza es totalmente inhábil para el cielo. Si el hombre hubiera sido apto, el Espíritu no habría dicho que «nos hizo aptos».

Tercero, a partir de la impotencia del hombre, observo: Ningún hombre puede hacerse apto para la herencia eterna; si alguno pudiera, no habría sido dicho que Dios lo hizo.

Cuarto, del agente, autor y obrero de esta aptitud, noto: Solo Dios puede hacer a los hombres aptos para una herencia eterna.

³⁰ **aptos** – adecuado; calificado.

Quinto, observo a partir del lugar o nombre: Hay una herencia preparada para el pueblo de Dios.

Sexto, del acto: “nos hizo aptos.” Nadie disfrutará de la bienaventuranza celestial sino aquellos que primero son hechos aptos para ella.

Séptimo, del adjunto: “santos en luz.” Las almas de los creyentes, en su estado separado de sus cuerpos, están en una herencia de luz.

Octavo, del deber y obligación del sujeto hacia el objeto, noto: Que es deber de todos los que son hechos aptos para el cielo dar gracias al Padre. Nota una cosa: aunque se dice que debemos dar gracias al Padre, eso no excluye al Hijo ni al Espíritu Santo, sino que es al Padre como la fuente de la gracia, al Hijo como el procurador de la gracia, y al Espíritu Santo como el aplicador de la gracia.

Cada doctrina debe ser tratada según lo que pueda soportar; algunas ofrecen más materia, otras no tanto, y deben hacerse usos apropiados de cada doctrina.

Algunos libros recomendados

Recomendaría algunos pocos libros especialmente a aquellos inclinados al ministerio:

Anotaciones de Poole³¹, los Holandeses³² y de Diodati³³, Caryl³⁴ sobre Job, Los dos volúmenes del Sr. Charnock³⁵, *Las Obras* del Sr. Perkins³⁶, *La Llave* de Roberts³⁷, *El Cuerpo de Divinidad* de Leigh³⁸, *El Diccionario* de Wilson³⁹, *Las Obras* del Sr. Burroughs⁴⁰, *Las Obras* del Dr. Sibbes⁴¹, *Las Obras* del Dr. Reynolds⁴², *Las Obras* del Dr. Preston⁴³, *El Libro de los*

³¹ **Matthew Poole** (1624-1679) – teólogo y comentarista bíblico no conformista inglés.

³² *The Dutch Annotations upon the Whole Bible* by **Theodore Haak** (1605-1690) – Eru-dito calvinista alemán.

³³ **Giovanni (John) Diodati** (1576-1649) – Profesor y pastor suizo.

³⁴ **Joseph Caryl** (1602-1673) – predicador puritano inglés; nacido en Londres.

³⁵ **Stephen Charnock** (1628-1680) – pastor puritano presbiteriano inglés; autor de *La existencia y los atributos de Dios*.

³⁶ **William Perkins** (1558-1602) – predicador y teólogo puritano educado en Cambridge, llamado a veces el “Padre del puritanismo”; sus obras están siendo reimpresas por Reformation Heritage Books.

³⁷ **Francis Roberts** (1609-1675) – pastor puritano; autor de *The Key of the Bible*.

³⁸ **Edward Leigh** (1602-1671) – pastor puritano; autor de *A Body of Divinity*.

³⁹ **Thomas Wilson** (1563-1622) – pastor puritano y autor de *A Christian Dictionarie*.

⁴⁰ **Jeremiah Burroughs** (1599-1646) – congregacionista inglés y conocido predicador.

⁴¹ **Richard Sibbes** (1577-1635) – teólogo puritano anglicano.

⁴² **Edward Reynolds** (1599-1676) – obispo anglicano de Norwich y autor.

⁴³ **John Preston** (1587-1628) – ministro anglicano; rector del Emmanuel College.

Mártires de Foxe, *La Médula de la Divinidad* de Ames⁴⁴, *El Pilar de Fuego de la Verdad Celestial* de Grosse⁴⁵, El tratado de Owen⁴⁶ sobre la Trinidad, *La Armonía* de Bates⁴⁷, *La Soberanía de Dios* por Coles⁴⁸; Libros de los divinos Escoceses: Durham⁴⁹ sobre el Cantar de los Cantares, los Diez Mandamientos, Apocalipsis, Isaías 53, y sobre el escándalo; Dickson⁵⁰ sobre los Salmos, Mateo, y creo que también sobre las epístolas; Hutcheson⁵¹ sobre los profetas menores y sobre el evangelio de Juan, etc.; Las Instituciones de Calvino, el Catecismo de Ursino⁵², las Obras de Burgess⁵³, Ainsworth⁵⁴ sobre el Pentateuco, los Salmos y los Cánticos, y Erasmo⁵⁵ sobre el Nuevo Testamento, las Obras de Tomb, las Obras del Dr. Willet⁵⁶, el Cuerpo de Divinidad del Obispo Usher⁵⁷, la Concordancia de Newman, el Misterio y Tuétano de la Biblia de Roberts⁵⁸, El Arca del Pacto Abierta, la Explicación Literal de los Hechos del Dr. Du Veil⁵⁹, los Ejemplos de Clark, la Moral de Plutarco⁶⁰, la Moral de Séneca⁶¹, la Historia Natural de Plinio⁶², Eusebio⁶³, Josefo⁶⁴, la Cosmografía de Heylin⁶⁵, el Estilo de la Escritura de Boyle⁶⁶, la Lógica de Blundeville⁶⁷, y la Retórica de Smith y Delaune. Y

⁴⁴ **William Ames** (1576-1633) – ministro puritano inglés y filósofo.

⁴⁵ **Alexander Grosse** (c. 1596-1654) – pastor puritano inglés.

⁴⁶ **John Owen** (1616-1683) – líder y teólogo inglés no conformista.

⁴⁷ **William Bates** (1625-1699) – ministro presbiteriano inglés; autor de *Harmony of the Divine Attributes*.

⁴⁸ **Elisha Coles** (c. 1608-1688) – servidor universitario y funcionario en la Universidad de Oxford; conocido como autor de *A Practical Discourse of God's Sovereignty*.

⁴⁹ **James Durham** (1622-1658) – pastor escocés y autor.

⁵⁰ **David Dickson** (1583-1663) – pastor presbiteriano escocés y autor.

⁵¹ **George Hutcheson** (m. 1678) – predicador y autor presbiteriano escocés.

⁵² **Zacarías Ursino** (1534-1583) – teólogo, reformador alemán; autor e intérprete del Catecismo de Heidelberg.

⁵³ **Anthony Burgess** (1600-1663) – Puritano Inglés, pastor.

⁵⁴ **Henry Ainsworth** (1571-1622) – clérigo y erudito inconformista inglés.

⁵⁵ **Desiderio Erasmo** (1466-1536) – filósofo holandés y teólogo católico.

⁵⁶ **Andrew Willet** (1562-1621) – clérigo anglicano inglés.

⁵⁷ **James Ussher** (1581-1656) – arzobispo irlandés y erudito.

⁵⁸ **Francis Roberts** (1609-1675) – clérigo puritano inglés, autor y bibliotecario.

⁵⁹ **Charles-Marie de Veil** (1630-1685) – judío converso que fue ministro como católico, anglicano y luego bautista.

⁶⁰ **Plutarco** (c. 46-c. 119) – filósofo y historiador griego de la escuela media platónica.

⁶¹ **Séneca** (c. 4 a.C.-65 d.C.) – filósofo estoico romano, estadista y dramaturgo.

⁶² **Plinio** (23-79) – autor, naturalista y filósofo natural romano.

⁶³ **Eusebio de Cesarea** (c. 260-339) – historiador cristiano griego, exegeta y obispo.

⁶⁴ **Josefo** (c. 37-c. 100) – historiador y líder militar romano-judío.

⁶⁵ **Peter Heylin** (1599-1662) – predicador y autor inglés.

⁶⁶ **Robert Boyle** (1627-1691) – filósofo y escritor angloirlandés.

⁶⁷ **Thomas Blundeville** (c. 1522-c. 1606) – escritor humanista y matemático inglés.

aquellos que no estén versados en la lengua latina, para la comprensión de palabras, hagan uso de los diccionarios latín-inglés del Sr. Cole⁶⁸. Los libros que compréis, procurad que tengan los mejores índices⁶⁹ posibles, pues estos pueden servir en ciertos aspectos como un libro de lugares comunes⁷⁰; y un buen libro así, elaborado por uno mismo, será indispensable en el estudio.

7. Una palabra adicional a las iglesias

a. La necesidad de un ministerio evangélico

Que la necesidad de un ministerio evangélico pese sobre vuestros corazones. Que hay tal necesidad se demuestra por una institución especial de Dios, quien se dice que ha puesto o constituido maestros en Su iglesia (1Co 12:28; Ef 4:11; Mt 9:38; Jer 3:15; Col 4:17; Hch 20:28), y los ha dado a ella como parte de su dote. Estos son enviados por el Señor de la mies, quien únicamente da pastores a la iglesia. El ministerio es recibido del Señor, y es el Espíritu Santo quien los constituye obispos. Ahora bien, aquello que Dios ha instituido y establecido en Su iglesia debe ser considerado como necesario, y por tanto el ministerio evangélico debe ser así estimado.

b. Títulos dados a los ministros en la Escritura

Los *títulos dados a los ministros* significan servicios de necesidad absoluta, los cuales la Escritura llama con muchos nombres, pero sin intención de establecer preeminencia de oficio. Son llamados *ancianos* para significar su gravedad, comportamiento decoroso y reverente; otras veces *obispos*, *supervisores*, *atalayas*, porque su labor es velar por la iglesia y cuidar de las almas (Hch 20:28; Heb 13:17). También son llamados *pastores*, porque han de alimentar al rebaño con las palabras de vida eterna (Jer 3:15). Además, son llamados *administradores* de los misterios de Dios (1Co 4:1). Algunas veces se les llama *ángeles*, *embajadores*, personas enviadas de Dios para anunciar la paz (Ap 1:20; 2Co 5:20). Asimismo, son llamados *planta-*

⁶⁸ **Elisha Coles** (c. 1640-1680) – lexicógrafo y taquígrafo inglés.

⁶⁹ **índices** – tablas de contenido; sinopsis.

⁷⁰ **libro de lugares comunes** - Remontándose al menos a la época de los filósofos griegos, se animaba a los estudiantes a compilar un “libro de lugares comunes” a lo largo de su vida. Este libro servía como una colección de citas, alusiones o ilustraciones para ayudarles en la escritura y la oratoria. Funcionaba como un archivo personal de sabiduría para uso posterior: sermones, estudios, escritos. Era muy normal entre teólogos, puritanos, eruditos del siglo XVII y XVIII.

dores y edificadores (1Co 3:7-9). Todas estas expresiones metafóricas significan servicios de necesidad absoluta. Por tanto, cada iglesia debe procurar que tales oficiales sean mantenidos en la iglesia.

c. Ordenanzas necesarias

Hay *ordenanzas necesarias* que deben ser administradas en la iglesia de Cristo hasta el fin del mundo; por lo tanto, los ministros son necesarios. Ellos han de proclamar la remisión de los pecados en el nombre de Cristo, insistir en la doctrina del arrepentimiento de obras muertas y de la fe en nuestro Señor Jesucristo. Han de traer buenas nuevas a los mansos, convertir a los hombres de las tinieblas a la luz, hablar palabra al cansado en el tiempo oportuno, edificar el cuerpo de Cristo y perfeccionar a los santos, alimentar a los hombres con palabras de fe. La palabra de reconciliación les ha sido encomendada (Hch 13:38; Heb 6:1-2; Ro 10:15; Hch 26:18; Is 50:4; Ef 4:11-12; 2Co 5:20), así como la administración del bautismo y de la Cena del Señor. Todas estas cosas son necesarias en la iglesia, y por tanto todas las iglesias deben imitar a los apóstoles, quienes tuvieron un cuidado especial por un ministerio permanente en la iglesia; de ahí que se preocuparon de ordenar ancianos en cada iglesia. Así Pablo exhortó a Timoteo a encargarse de las cosas que había oído de él a hombres fieles, que fueran también idóneos para enseñar a otros. Y Pablo dice a Tito: «Te dejé en Creta para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé» (Tit 1:5).

¿Tendrán —como dice alguien— los babilonios sus caldeos,⁷¹ los persas sus magos,⁷² los indios sus brahmanes,⁷³ los galos sus druidas,⁷⁴ los romanos sus pontífices,⁷⁵ augures⁷⁶ y flamines,⁷⁷ personas separadas para mantener un culto falso; y no tendrá la iglesia de Dios sus ministros para sostener el culto verdadero?⁷⁸

⁷¹ **caldeos** – sacerdotes instruidos en la literatura clásica babilónica, especialmente en las tradiciones de astronomía y astrología.

⁷² **magos** – sacerdotes del zoroastrismo y religiones iránicas antiguas.

⁷³ **brahmanes** – probablemente refiere a los brámanes, sacerdotes hindúes.

⁷⁴ **druidas** – líderes religiosos y miembros de la alta clase en las culturas celtas antiguas.

⁷⁵ **pontífices** – sacerdotes de la antigua Roma.

⁷⁶ **augures** – funcionarios religiosos en la antigua Roma que observaban señales naturales, especialmente el comportamiento de las aves, interpretándolas como una indicación de la aprobación o desaprobación divina respecto a una acción propuesta.

⁷⁷ **flamines** – sacerdotes de la antigua religión romana que eran asignados a una de dieciocho deidades.

⁷⁸ Edward Reynolds, *The Pastoral Office, Opened in a Visitation-Sermon Preached at Ipswich, October 10, 1662* (Londres, 1663), p. 18.

d. La necesidad de conocimiento espiritual en los pastores

Que las iglesias sean advertidas, por el honor de Dios, la gloria de la causa puesta en sus manos, y el bien de sus propias almas, contra el llamar al oficio a una persona ignorante, sin instrucción ni experiencia. «Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca buscarán la ley» (Mal 2:7). Los pastores deben alimentar al pueblo «con conocimiento y con inteligencia» (Jer 3:15). Pablo dice a los efesios que al leer sus escritos, deben comprender su «conocimiento en el misterio de Cristo» (Ef 3:4). Cuando un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo (Mt 15:14). Fue pecado de Jeroboam hacer sacerdotes «de entre el pueblo común» (1R 12:31). Pero cuando digo que se debe evitar llamar a hombres sin instrucción, me refiero a los ignorantes de los que Pedro habla, que tuercen las Escrituras para su propia perdición (2Pe 3:16). Pedro no se refería, al decir ignorantes, a los que carecen de aprendizaje humano; pues entonces, como dice alguien, habría tenido que condenarse a sí mismo, ya que, según el gran concilio, él era un hombre sin letras (Hch 4:13), y habría estado bajo la misma culpa que imputaba a otros. Pero ser instruido en el sentido de Pedro es ser enseñado por Dios, como la verdad está en Jesús, y entender por el Espíritu las cosas profundas de Dios (Ef 4:20-21; 1Co 2:10), y estar bien establecido a través de un conocimiento salvador de Cristo, en oposición a aquellos inestables de quienes habla.

Deben ser hombres celosos de la gloria de Dios, conscientes del interés de las almas, ejemplares para el rebaño, capaces de hablar de manera experimental sobre los caminos de Dios, los engaños de Satanás, y el engaño de la concupiscencia, así como sobre las consecuencias y efectos de las tentaciones, y comprender los consuelos del Espíritu Santo. [Un pastor debe ser] una persona de dones suficientes para ser apto para enseñar y para hablar palabra a tiempo oportuno, para mostrar a un hombre su rectitud, para convencer a los contradictores, y para usar una palabra sana e irreprochable (1Ti 3:2; Is 50:4; Job 33:23; Tit 1:11; 2:8). Así, su enseñanza ha de ser enseñanza divina.

El Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles en el día de Pentecostés para capacitarlos para tan gloriosa obra. Aquella unción e investidura divina que puede hacer de un hombre un verdadero creyente no siempre es suficiente para constituirlo ministro. El Espíritu Santo es llamado «la promesa del Padre» (Hch 1:4-8), no sólo para hacer creyentes, sino también para constituir ministros mediante un poder celestial, a fin de que sean más capaces de testificar de Cristo y de servir a Su

iglesia. No basta con poseer el Tumim de la integridad; es menester también contar con el Urim del conocimiento.

e. Cualificaciones para el oficio pastoral

Esto me lleva a una palabra de exhortación, para que todas las iglesias tengan gran cuidado en elegir pastores conforme al corazón de Dios. Y aquí explicaré las cualificaciones pertenecientes a ese oficio, mencionadas por Pablo a Timoteo y a Tito:

Debe ser *irreprensible* (1Ti 3:2; Tit 1:6), no absolutamente sin pecado, pues eso es propio únicamente de la iglesia triunfante; sino que debe ser alguien que no tenga ningún defecto notable o delito escandaloso en su vida, para que su labor ministerial no carezca de éxito; porque es necesario que quien requiere integridad en otros la tenga en sí mismo. ¿Quién creará en aquel cuya doctrina y vida no armonizan?

Debe ser «*marido de una sola mujer*» (1Ti 3:2; Tit 1:6), porque la castidad es altamente encomiable en un anciano. No es absolutamente necesario que sea un hombre casado, pero si lo es, debe ser marido de una sola mujer. El significado del apóstol es: no debe ser amante de la poligamia, es decir, no debe tener más de una esposa al mismo tiempo, como hacían muchos judíos y gentiles de las naciones orientales, pues esto es contrario a la institución del matrimonio. Esto también incluye a aquellos que despedían a sus esposas por razones triviales y tomaban otras, lo cual los judíos hacían a causa de la dureza de sus corazones, aunque Cristo lo prohibió, salvo en caso de adulterio.

Debe ser «*vigilante*» y *atento* (1Ti 3:2). Debe ser alguien que atienda diligentemente a su rebaño, prudente y circunspecto, que no esté mucho tiempo ausente de ellos, ni sea perezoso cuando esté entre ellos, no sea que los zorros tomen las ovejas antes que el pastor se dé cuenta.

Debe ser de «*buena conducta*» (1Ti 3:2). Debe ser de un comportamiento decoroso y digno en rostro, andar y habla; no un orgulloso que desprecia a otros, ni uno huraño que no puede acomodarse a otros; moderado en todas sus acciones, opuesto a la intemperancia y la ligereza.

«*Dado a la hospitalidad*» (1Ti 3:2); amante de ella (Tit 1:8). No basta que sea bondadoso en casa, sino que debe mostrar amor a los extraños, especialmente a los ministros que estén en aflicción, y a todos los que estén en necesidad. Debe ser ejemplo en todos los actos de bondad y caridad; y

para que esta cualificación no sea inútil, es deber de las iglesias (si pueden) proveer a sus ministros para que puedan practicarla.⁷⁹

«*Apto para enseñar*» (1Ti 3:2). Para ello, primero debe estar bien provisto del conocimiento de los misterios de Dios, y luego dispuesto a comunicar a otros el conocimiento que ha recibido de Dios. Su enseñanza no debe ser de fábulas judaicas ni de la hinchada filosofía de este mundo, sino de aquellas cosas que hacen verdaderamente piadoso.

«*No dado al vino*» (1Ti 3:3). Debe ser una persona templada,⁸⁰ no un amante de sentarse al vino mañana y tarde, día tras día, aunque no llegue a perder la razón. Debe ser un ejemplo de mortificación a los placeres sensuales.

«*No pendenciero*» (Tit 1:7). Debe ser alguien que no use violencia, que aborrezca las peleas y las contiendas; no uno que, por pasión, no pueda contener sus manos de los que lo provocan.

«*No codicioso de ganancias deshonestas*» (1Ti 3:3). Debe detestar toda forma injusta y sórdida de amasar riquezas; no uno que profese la piedad por amor al lucro, ni que ame el dinero con amor desordenado. No debe haber sospecha justa de que asume su cargo por codicia, sino que debe desear el oficio por amor a Cristo y al bien de las almas de los hombres.

«*No pendenciero*» (1Ti 3:3), sino de disposición tranquila y pacífica.

«*Paciente*» (1Ti 3:3). Debe ser alguien muy dispuesto a renunciar a su propio derecho de ganancia y honor en la iglesia y el mundo por amor a la paz; no propenso a la ira, sino pacífico.

«*No codicioso*» (1Ti 3:3): no un amante del dinero. El arzobispo de Maguncia⁸¹ es un terrible ejemplo de codicia, quien en burla llamaba ratones a los pobres y, permitiéndoles perecer de hambre en tiempos de escasez, por justo juicio de Dios fue invadido por ratones y, huyendo a su torre en el Rin para refugiarse, fue allí perseguido y devorado.

«*Que gobierne bien su casa, teniendo a sus hijos en sujeción*» (1Ti 3:4). Debe ser alguien que haya mostrado, al gobernar su propia familia (la menor), que es capaz de gobernar la iglesia (la mayor).

«*No un neófito*» (1Ti 3:6) No un joven plantado o un estudiante recién iniciado en la escuela de Cristo, sin experiencia de Dios ni de los engaños de Satanás. No se refiere a ser joven en años, sino en la fe. Timoteo era

⁷⁹ **practicarla** – apoyar generosamente para practicar la hospitalidad.

⁸⁰ **templado** – moderado en los apetitos y pasiones.

⁸¹ **Hatto II** (fallecido el 18 de enero de 970) – arzobispo de Maguncia de 968 al 970; la historia puede ser una leyenda.

joven en años cuando fue ordenado anciano en Éfeso, pero no joven en gracia. Una persona joven en edad puede tener más conocimiento y experiencia que algunos cristianos de cabello cano. Ninguna persona inmadura y no bien establecida en la religión debe ser admitida a este honor, no sea que esta gran dignidad lo tiente al orgullo y caiga como cayó Satanás.

«*Debe tener buen testimonio de los de fuera*» (1Ti 3:7). Debe ser de buen nombre entre los que están fuera de la iglesia, porque la gloria de Dios está muy ligada a la reputación de tales personas, para que no sean objeto de reproche por su vida pasada, y así caigan en tentaciones de venganza, odio, ira indebida o cobardía en el cumplimiento de su deber, perdiendo la santa valentía necesaria para su función.

Pablo añade a Tito una cualificación más: no debe ser «*soberbio*» (Tit 1:7), es decir, no ser obstinado, terco, confiado en su propio juicio, ni empeñado en imponer su voluntad, sea recta o torcida, pase lo que pase.

f. Pedir a Dios que envíe más obreros

Que las iglesias sean exhortadas a ir al Señor de la mies y suplicarle que envíe más obreros a Su mies (Mt 9:37-38). ¡Cuántos ministros capaces ha removido Dios de esta ciudad en los últimos treinta años! Y será bien si las iglesias pueden decir que todos sus lugares han sido ocupados. Rogad fervientemente que Dios envíe Josué y Eliseos en lugar de aquellos Moisés y Elías que Él ha quitado.

g. Respetad a vuestros pastores

Dad ese honor y respeto a vuestros ministros y pastores que Dios permite. Dios considera el ministerio como una posición honorable (Heb 5:4). Si se debe dar honor a un rey, que es protector del cuerpo, ¿se les negará a aquellos que velan por las almas de los hombres? Es el consejo del apóstol a la iglesia en Tesalónica: «Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra» (1Ts 5:12-13). «Los ancianos que gobiernan bien,» dice Pablo, «sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar» (1Ti 5:17). Así también dice: «Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos» (Heb 13:17); no porque sean «señores de las heredades» de Dios (1Pe 5:3), para gobernar de manera tiránica, por fuerza y rigor, pues el pueblo de Dios es un pueblo voluntario y debe ser gobernado con su propio consentimiento.

h. Orad por vuestros pastores

Benedicid a Dios por aquellos ministros fieles que os ha dado. Tened cuidado de no pecar contra ellos, y junto con ellos, perder el evangelio. No provoquéis a Dios a enviar hambre de la Palabra (Am 8:11-12) y a quitar el evangelio de Inglaterra y de Londres, como lo hizo de Jerusalén (Mt 21:43) y de las iglesias de Asia y África. Incluso en aquellos lugares donde el evangelio una vez brilló gloriosamente, ahora están cubiertos de paganismo e islamismo. Orad para que la Palabra corra y sea glorificada en la conversión de los pecadores y en la perfección de los santos (2Ts 3:1-2). Dios ha prometido quitar el corazón de piedra y dar un corazón de carne; pero dice que para estas cosas será buscado por la casa de Israel (Ez 36:26-27), es decir, la iglesia de Dios. Y si vemos que el vientre de las conversiones permanece cerrado, es bueno que la iglesia aparte un día de humillación por tal causa y ore para que una puerta de fe sea abierta (Hch 14:27). Algunos pueden hablar por experiencia de cómo Dios ha honrado esta práctica. Suplicad por mayores grados de Su Espíritu Santo para ser derramados sobre vuestros ministros, para que Dios les conceda una doble porción, y que respondan en todo sentido a sus títulos honorables, siendo llamados «la sal de la tierra» y «la luz del mundo» (Mt 5:13-16).

i. La importancia de la ordenación

Sed exhortados aún más a mantener y no perder esa bendita ordenanza de la ordenación y de llamar al oficio a quienes sean idóneos para él. Algunos han sido probacionistas⁸² toda su vida; y es motivo de lamentación que algunas iglesias hayan empleado a personas en la predicación y en la administración de ordenanzas durante diez o veinte años, estando idóneamente calificadas, y sin embargo nunca las hayan ordenado al oficio. Y aunque en mi epístola he probado la legalidad, sí, y la necesidad de predicar ordinariamente antes de la ordenación, nunca pretendí con ello destruir una ordenanza evangélica, es decir, la solemne ordenación al ministerio. Aunque es muy cierto que el Espíritu Santo hace a los hombres obispos de la iglesia, y que los dones y las gracias provienen de Cristo (lo cual constituye su llamado interno); sin embargo, debe tener también un llamado externo de parte de la iglesia, para ser ordenado al oficio. El llamado interno lo capacita para actuar en esa posición; el llamado externo lo capacita para actuar de manera regular.⁸³ Aunque un ministro del evangelio tenga autoridad y derecho, estando cualificado por Cristo, para

⁸² **probacionistas** – sirviendo en un período de prueba en el ministerio.

⁸³ **regular** – según la regla; regulado por la dirección de la Palabra de Dios.

actuar, no tiene una autoridad formal completa para actuar en una iglesia, salvo que sea llamado y ordenado por ella. Debemos tener celo por todos los mandamientos de Dios. ¿Por qué no habríamos de ser tan cuidadosos en este asunto como lo fueron los apóstoles, quienes ordenaban ancianos en cada iglesia? (Hch 14:23). Y Pablo exhorta a Tito a «establecer ancianos en cada ciudad» (Tit 1:5). Vemos así que era el juicio de los apóstoles y su gran cuidado que cada iglesia tuviera un anciano. Esto es tan Palabra de Dios y debe ser practicado según haya ocasión, tanto como el bautismo y la Cena del Señor. Y por tanto, esta exhortación pesa severamente sobre todas aquellas iglesias que viven año tras año sin pastor, lo cual es una de las grandes razones de la dispersión del rebaño.

j. Imposición de manos

Conservad siempre y nunca abandonéis ese rito y ceremonia de la *ordenación con la imposición de manos*, y con oración, sobre la persona ordenada (1Ti 4:14). Algunos consideran que la ceremonia de la imposición de manos puede ser omitida. Sin embargo, en ocasiones debemos atenernos al ejemplo apostólico incluso en los gestos más mínimos, aunque no estén expresamente ordenados; y, no obstante, hay quienes se permiten prescindir de una circunstancia que sí ha sido claramente prescrita como esta. Timoteo fue ordenado mediante la imposición de manos y fue encargado por Pablo de imponer las manos a otros en su ordenación. Esta ha sido la manera ordinaria de la ordenación de ministros en la iglesia de Dios. Así fueron ordenados los siete diáconos en la iglesia de Jerusalén (Hch 6:6). De Pablo y Bernabé se dice: «Habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron» para predicar, habiendo sido llamados por Dios para esa obra (Hch 13:3). Es un dicho del Dr. Seaman: «Cuando considero —dice él— cuán uniformes y exactos fueron los apóstoles en observar [la imposición de manos] en el asunto de la ordenación, y que no tenemos un solo ejemplo de que ordenaran de otra manera... juzgo que es pecaminoso para cualquiera que desee el oficio de ministro rechazarla, y escandaloso en cualquier iglesia desecharla deliberadamente.»⁸⁴ Y aunque la imposición de manos no se mencione en Hechos capítulo 14, donde se dice que ordenaron ancianos en cada ciudad, debemos concluir que fueron ordenados mediante imposición de manos, ya que en otros pasajes de la Escritura vemos que esta era la práctica común de los apóstoles y de las iglesias

⁸⁴ Lazarus Seaman, *The ΔΙΑΤΡΙΒΗ Proved to be ΠΑΡΑΔΙΑΤΡΙΒΗ, Or, A Vindication of the Judgement of the Reformed Churches, and Protestant Divines, From misrepresentations Concerning Ordination, and Laying on of hands* (London: John Rothwell, 1647), 67.

en la ordenación de ministros y diáconos. Os ruego que notéis lo siguiente: aquellas Escrituras que hablan de un asunto de manera más general e indefinida deben ser interpretadas siempre a la luz de aquellas que tratan el mismo asunto de forma más definida, particular, clara y completa. Por ejemplo, cuando Cristo dice en Lucas 6:20: «Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios», esta expresión general, “los *pobres*”, no debe entenderse como si incluyera a todos los pobres, ya que algunos de ellos pueden ser muy impíos; por tanto, debe ser comprendida a la luz de un texto más específico y claro, como Mateo 5:3: «Bienaventurados los pobres en espíritu.» Así también en Lucas 6:21: «Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados», debe entenderse de acuerdo con Mateo 5:6: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.» De igual manera, donde no se menciona la imposición de manos en la ordenación, como en Hechos 14:23, debe gobernarse por aquellas Escrituras que hablan del mismo asunto de forma más amplia, clara y plena (Hch 6:6; 13:3; 1Ti 4:14; 5:22). En todos estos pasajes se menciona la imposición de manos en la ordenación de ancianos y diáconos.

Además, las personas eran apartadas para el servicio eclesiástico y se les confería el poder de oficio bajo el Antiguo Testamento mediante la ceremonia de imposición de manos. Pues expresamente dijo Dios a Moisés que impusiera sus manos sobre Josué (Nm 27:18), y que los hijos de Israel impusieran sus manos sobre los levitas mientras estaban ante el tabernáculo de reunión (Nm 8:9-10). Y suponer que los apóstoles practicaron esta ceremonia sin la aprobación de Dios sería hacerlos culpables de culto voluntario. Pero si se objeta que, dado que ya no ocurren cosas extraordinarias como en los tiempos apostólicos, esta práctica ha cesado, respondo: bajo ese mismo razonamiento perderíamos la mayor parte de las grandes ordenanzas del evangelio. ¿Qué diremos entonces? ¿Que porque no podemos hacer temblar el lugar con la oración como Pedro, deberíamos dejar de orar? ¿Que porque el Espíritu Santo no desciende milagrosamente durante la predicación, como sucedió con Cornelio y su casa mientras Pedro predicaba, deberíamos cesar de predicar? En tal caso, también habría que abolir el bautismo, ya que ya no es acompañado de señales milagrosas como lo fue en el de Cristo, cuando el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de paloma y se oyó una voz del cielo que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt 3:17). Si se afirma que tales ordenanzas deben permanecer porque fueron divinamente instituidas, aunque ya no estén acompañadas de manifestaciones extraordinarias, entonces, por el mismo principio, la imposición de

manos debe continuar, a menos que se quiera suponer —como se dijo al principio— que los apóstoles incurrieron en culto voluntario.

Este rito y ceremonia de imposición de manos implica:

1) Una dedicación y consagración de la persona al oficio de pastor y al empleo sagrado; 2) Darle a conocer que la mano de Dios está con él en todo lo que haga en Su nombre y autoridad, para guiarlo, fortalecerlo y protegerlo; 3) Implorar los dones, la bendición, la protección y la custodia del Espíritu Santo sobre él de manera abundante, puesto que va a encargarse de las almas de otros.

k. Cuidad de las necesidades físicas de vuestros pastores

Finalmente, sed exhortados que, así como vuestros ministros cuidan de vuestras almas, vosotros *cuidéis de sus cuerpos y familias*. El mismo pastor que vela por el rebaño es vestido y alimentado por el rebaño. Ellos están obligados a cuidar de vuestras almas, que es lo mayor; vosotros debéis cuidar de sus cuerpos, que es lo menor.

Dios ha hecho de ello vuestro deber por un mandamiento divino: «Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio» (1Co 9:14). Los mandamientos de Dios no deben ser discutidos, sino obedecidos. Deseáis que vuestros pastores obedezcan el mandamiento de Dios en alimentar vuestras almas, ¿y no tendréis respeto al mandamiento de Dios en alimentar sus cuerpos? ¿Debe él ser obligado a obedecer a Cristo por causa del rebaño, y el rebaño no hará conciencia de obedecer a Cristo por causa del pastor? Leví debía tener la décima parte bajo la Ley de lo que el pueblo poseía; no que diga que esta ley permanezca vigente ahora, aunque su equidad sí permanece.

Considerad que es el honor de las iglesias proveer para sus ministros. Sí, es un honor para vuestro Señor y Maestro y para la causa que sostenéis. Se nos exhorta a honrar a Dios con nuestros bienes, y Dios ha añadido esta promesa: «Y serán llenos tus graneros con abundancia» (Pr 3:9-10); no que se espere donde no haya recursos. No; allí el ministro debe ser libre para ayudar a los necesitados, si puede. Pero donde Dios ha bendecido a alguno con los bienes de este mundo, es su deber dar parte de sus bienes temporales a quien le da de sus bienes espirituales. Esta es la manera de prosperar en alma y cuerpo. Donde el pueblo retenía sus diezmos, Dios les dice que le robaban; y para animarlos en su deber, promete abrir las ventanas de los cielos y derramar bendición hasta que sobreabunde (Mal 3:8-11). Y aunque esta ley ha cesado como dijimos antes, la moralidad y equidad de ella nunca cesarán. Así que la

bendición puede esperarse en la medida en que las personas sean halladas fieles en su deber; y se ha observado que aquellas iglesias que proveen honorablemente para sus ministros son las que más prosperan y florecen en la ciudad y en el campo. Ved cómo el apóstol argumenta este punto: nadie va a la guerra a su propia costa, sino a la de la nación; y quien planta una viña consideraría muy duro no comer de su fruto (1Co 9:7-14). Y el pastor que cuida y alimenta a su rebaño espera de ellos lana para vestirse y carne para alimentarse.

¿Acaso Dios se preocupa por el animal irracional, mandando que no se le ponga bozal al buey que trilla (Dt 25:4)? ¡Cuánto más se debería proveer a quienes trituran el grano y parten el pan de vida eterna! ¿Trabajará el labrador con esperanza, y el trillador no participará de su esperanza? ¿Y no vivirá quien ministra en las cosas santas de las cosas del templo? ¿Y no participarán los que sirven al altar de lo que se ofrece en el altar? Si, pues, os ministramos cosas espirituales, ¿es gran cosa que cosechemos de vuestras cosas materiales?

Además, no sabéis qué tentaciones puede sufrir un hombre y su familia —su esposa e hijos— a causa de vuestra negligencia en este deber. Podríais causar que sus hijos alberguen malos pensamientos respecto a los caminos y al pueblo de Dios, y que sean apartados de la verdad si no se tiene gran cuidado. No los expongáis a tales tentaciones permitiendo que caigan en deudas; ello no traerá honor para vosotros, ni será motivo de consuelo para él. Nada hay más deshonesto en este mundo que permitir que los ministros se endeuden. Por esta causa, el evangelio podría perder el éxito que de otro modo alcanzaría. Se arranca así a los hombres de tierna conciencia aquella santa valentía que deberían manifestar al exhortar a los deberes morales. Tal vez posea habilidades para ganarse el sustento, como otros, y proveer para sus hijos; pero estando consagrado a su ministerio, es triste que los hijos de los ministros sean menospreciados, mientras su padre emplea su tiempo y fuerzas en procurar el bien de la congregación.

Así he considerado conveniente animaros, trayendo a vuestra memoria aquellos deberes a los cuales estáis obligados como iglesias de Cristo. Recibid este consejo de quien —si su corazón no le engaña— desea ser ofrecido, si así fuese llamado, en sacrificio y servicio de la fe de las iglesias (Fil 2:17). Porque si Cristo entregó Su vida por nosotros cuando aún éramos enemigos (1 Jn 3:16), ciertamente nosotros debemos estar dispuestos a poner nuestras vidas por los hermanos, especialmente si ello contribuye al fortalecimiento de su fe y al auxilio en su camino hacia el cielo.

